

BIBLIOTECA SEVILLANA

EL CABALLERO

de la

CASA ROJA.

Los suscritores á la BIBLIOTECA SEVI-
LLANA, pagarán 3 rls. por tomo de mas
de 200 páginas, concluida la obra costará á 4 rls.

BIBLIOTECA SEVILLANA.

EL CABALLERO

DE LA

CASA ROJA,

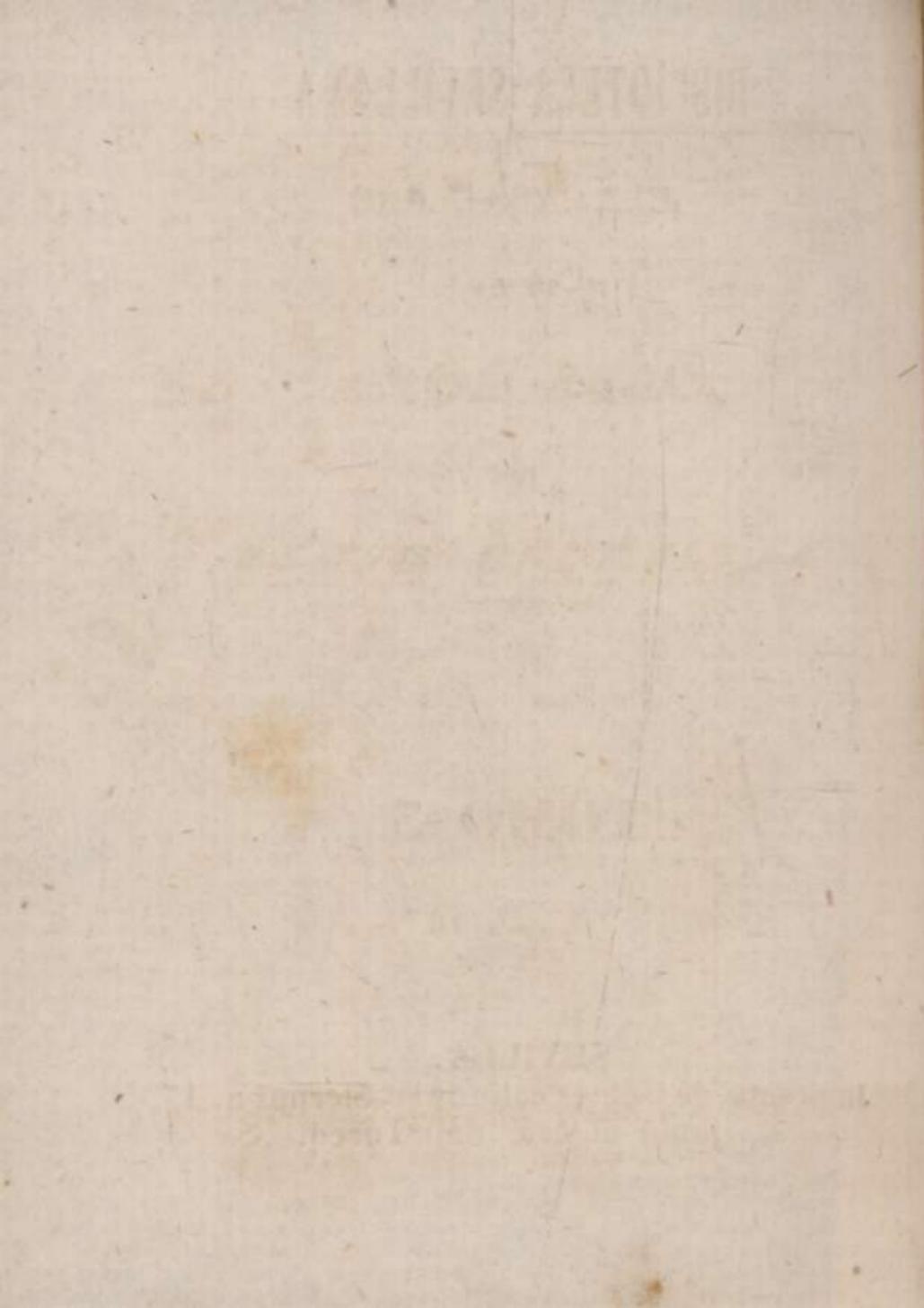
por

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO 3.

SEVILLA.

Imprenta de Gomez calle de las Sierpes n. 13,
junto al café del Turco.





CAPITULO I.

La patrulla.

AL acabar de hacer Mauricio esta lúgubre reflexion, mirando, apoyado en el pretil del puente, recorrer el agua con

esa atención melancólica, cuyos síntomas se encuentran en todo parisiense puro, oyó cierto ruido de pasos iguales y uniformes como los de una patrulla.

En efecto, al volver la cabeza vió una compañía de la guardia nacional que llegaba por el otro extremo, y en medio de la oscuridad creyó Mauricio reconocer á Lorin.

El era en efecto, y apenas le vió, corrió hácia él con los brazos abiertos.

—En fin, exclamó Lorin, eres tú. Caspita! no me ha costado poco trabajo encontrarte.

Mas ya que encuentro á tan leal amigo, Tomará mi destino nuevo rumbo.

Esta vez no te quejarás, pues te doy versos de Racine en lugar de los de Lorie.

—Qué vienes á hacer por aquí patrullando! preguntó Mauricio, á quien todo inquietaba.

—Soy jefe de expedición, amigo mio, trátase de restablecer sobre su base primitiva nuestra reputación ya casi desmoronada.

Y volviéndose despues hácia su compañía, dijo:

—En su lugar, descanso! Ea, hijos míos, puesto que todavía no es muy de noche, podeis descansar y hablar de vuestras co-

sas; nosotros vamos á hacer lo mismo.

Dirigiéndose despues á Mauricio, continuó:

—Hoy he sabido en la seccion dos grandes noticias.

—Cuáles?

—La primera es que comenzamos á ser sospechosos tú y yo.

—Lo sé. ¿Qué más?

—¡Ah! lo sabes?

—Si.

—La segunda es que toda la conspiracion del clavel ha sido conducida por el caballero de la Casa Roja.

—Lo sé tambien.

—Pero lo que no sabes es que la conspiracion del clavel encarnado y la del subterráneo no formaban mas que una sola conspiracion.

—Lo sé tambien.

—Entonces pasemos á la tercera noticia que estoy seguro no la sabes. Esta noche vamos á apoderarnos del caballero de la Casa-Roja.

—¿Del caballero de la Casa-Roja?

—Si.

—¿Luego te has hecho gendarme?

—No, pero soy patriota, y un patriota se debe todo á su patria, y como esta se

halla horriblemente asolada por ese caballero de la Casa-Roja, que no deja de fraguar conspiraciones, me manda á mi, que soy un patriota, que la desembarace del susodicho caballero de la Casa-Roja y obedezco á la pátria.

—De todos modos, dijo Mauricio, es singular que te encargues de semejante comision.

—Yo no me he encargado de ella, sino que me la han encomendado, si bien debo decir que la hubiera pretendido de todos modos, porque necesitamos dar un golpe que haga ruido para rehabilitarnos, puesto que nuestra rehabilitacion es no solo la seguridad de nuestra existencia, sino tambien el derecho de meter en la primera ocasion seis pulgadas de acero en el vientre de ese aborrecido Simon.

—¿Pero cómo se ha sabido que era el caballero de la Casa-Roja el que se habia puesto á la cabeza de la conspiracion del subterráneo?

—No hay una seguridad de ello, pero se presume.

—¿Ah! ¿procedeis por induccion?

—Procedemos con certidumbre.

—No te comprendo.

—Escucha bien.

—Te escucho.

—Apenas oí gritar, gran conspiración descubierta por el ciudadano Simon...—Este canalla de Simon se halla en todas partes! quise juzgar de la verdad por mi mismo, y como se hablaba de un subterráneo...

—¡Pues que! ¿existe?

—¡Oh! existe, le he visto.

Con mis propios ojos, lo que se llama visto.

—¿A que no silbas esto?

—Porque es de Moliere, y porque ademas confieso que las circunstancias me parecen demasiado graves para bromas.

—¿Y entonces, de qué te burlarás, si no te burlas de las cosas graves?

—Con que dices que has visto...

—.....El subterráneo. Repito que he visto el suterráneo, que lo he recorrido y que se comunicaba desde la cueva de la ciudadana Plumeau, con una de la calle de la Corderia, con ¡la casa número 12 ó 14, no recuerdo bien.

—¡De veras! Lorin, ¿lo has recorrido?

—En toda su longitud, y par diez, te aseguro que era un ramal perfectamente hecho: ademas, estaba interceptado por tres rejas de hierro, que ha sido preciso quitar una tras otra, pero las cuales, en el caso

de que los conjurados hubiesen logrado su objeto, les habrían dado el tiempo necesario, sacrificando tres ó cuatro de los suyos para poner á la viuda Capeto en lugar seguro; pero afortunadamente no ha sido así, gracias á ese diablo de Simon que ha descubierto esa trama.

—Pero me parece, dijo Mauricio, que ante todas cosas se debió proceder al arresto de los inquilinos de esa casa de la calle de la Corderia.

—Y se hubiera hecho así á no hallarla casa enteramente desnuda de inquilinos.

—Pero en fin, ¿pertenece á alguno esa casa?

—Si, á un nuevó propietario, pero nadie le conoce: se sabe que la casa ha mudado de dueño hace quince dias ó tres semanas, y nada mas. Los vecinos habian oido, ruido, pero como la casa era vieja, creyeron que se trabajaba en las reparaciones. En cuanto al otro propietario, habia dejado á Paris.

Entretanto llegué allí.

—«¡Pardiez! dije á Santerre llamándole aparte, os veo á todos muy indecisos.

—«Lo estamos verdaderamente, respondió.

—«No se ha vendido esa casa?

—Sí.

—¿Hace quince días?

—«Quince días ó tres semanas.

—¿No se ha vendido ante escribano?

—«Sí.

—«Pues bien, es menester buscar entre todos los escribanos de Paris al que ha vendido esa casa, y hacerle que nos enseñe la escritura de venta, y en ella veremos el nombre y el domicilio del comprador.

—«¡Enhorabuena! ese es un buen consejo, dijo Santerre, ¿y sin embargo se acusa al hombre que lo dà de mal patriota? Lorin, Lorin, yo te rehabilitaré ò he de poder poco »

En una palabra, continuó Lorin, como se dijo se hizo. Se buscó al escribano, se vió la escritura, y en ella el nombre y el domicilio del culpable. Entonces Santerre me cumplió su palabra designándome para prenderle.

—¿Y ese hombre era el caballero de la Casa Roja?

—No tal, su cómplice solamente, es decir probablemente.

—¿Pues entonces cómo dices que vas á prender al caballero de la Casa Roja?

—Vamos á prender á todos ellos juntos.

—¿En primer lugar conoces tu à ese caba-

llero de la Casa Roja?

=Perfectamente.

—¿Sabes sus señas?

—Santerre me las ha dado. Cinco pies y dos ó tres pulgadas, cabellos rubios, ojos azules, nariz recta, barba redonda; además le he visto.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

=¿Le has visto?

=Y tu también.

Mauricio se estremeció.

—Ya te acordarás de aquel joven rubio que nos salvó esta mañana; aquel que mandaba la cuadrilla de currutacos, y daba golpes tan certeros.

—¿Conque era él? preguntó Mauricio.

—El mismo. Se le ha seguido, pero se le ha perdido la pista en las inmediaciones del domicilio de nuestro propietario de la calle de la Cordería, de suerte que se presume que viven juntos.

—En efecto, es probable.

=Es seguro.

—Pero me parece, Lorin, añadió Mauricio, que si prendes esta noche al que nos salvó esta mañana, faltas al agradecimiento.

—¡Bah! ¡bah! dijo Lorin, ¿crees tu que nos ha salvado solo por salvarnos?

—¿Por qué no?

—Nada menos que eso; estaban allí emboscados para robar á la pobre Sofia Tison cuando pasase. Nuestros contendientes les incomodaban, y se lanzaron sobre nuestros contendientes. Nos hemos salvado por carambola, y como la intencion es la que vale, y no fué su intencion la de salvarnos, te confieso que no tengo el menor escrúpulo de ser ingrato. Por otra parte, Mauricio, el punto capital es la necesidad; y la hay muy grande de rehabilitarnos por un golpe maestro. Además, yo he respondido de ti.

—¿A quién?

—A Santerre; sabe que mandas la expedicion.

—¿Cómo?

—¿Estás tu seguro de prender á los culpables me dijo.

—«Sí, contesté, siempre que Mauricio venga conmigo.

—«Pero estás seguro de Mauricio? De algun tiempo á esta parte se ha entibiado.

—Los que dicen eso se engañan; ni Mauricio, ni yo nos hemos entibiado.

—«¿Y respondes de él?

—«Como de mi mismo» Entonces fui á tu casa; pero no te hallé; en seguida tomé este camino, en primer lugar porque

era el mio, y en segundo porque es el que tomas comunmente, en fin, te he encontrado.. ¡adelante, marchen!

La victoria cantando

Nos abre la barrera...

—Mi querido Lorin, estoy desesperado; pero no me siento con ganas para esta expedicion; dirás que no me has encontrado.

—¡Imposible! todos nuestros hombres te han visto.

—¡Bien! dirás que me has encontrado y que no he querido ser de los vuestros.

—Imposible tambien.

—¿Porqué?

—Porque entonces no serás ya patriota tibió, sino sospechoso... y ya sabes lo que hacen de los sospechosos: los conducen á la plaza de la Revolucion, y les invitan á saludar la estátua de la libertad, solo que en vez de saludar con el sombrero, saludan con la cabeza...

—Pues bien, Lorin, sucederá lo que quieras; sin duda te parecerá extraño lo que voy á decirte.

Lorin abrió tamaños ojos y miró á Mauricio.

—Amigo mio, añadió Mauricio, estoy disgustado de la vida.

Lorin soltó una carcajada.

— ¡Bueno! dijo; estamos reñidos con nuestras queridas, lo cual nos inspira ideas melancólicas. Vamos, bello Amadis, quieres ser hombre ante todas cosas, y despues ciudadano; yo por el contrario jamas soy mejor pátriotá que cuando estoy enfadado con Artemisa. A propósito. Su Divinidad la diosa Razou te envia un millon de espresiones.

— Dale las gracias en mi nombre; adios, Lorin.

— ¡Cómo adios!

— Si, me retiro.

= A donde?

— A mi casa.

= Mauricio, te pierdes.

— No me importa.

= Mauricio, reflexiona, amigo, reflexiona.

— Estoy decidido.

= Es que no te he repetido todo...

— Todo qué?

= Todo lo que me habia dicho Santerre.

— Qué te ha dicho?

— Cuando le dije que queria que fueses tú el jefe de la espedicion, me dijo: «Guárdate!»

— «De quién?

— «De Mauricio.»

— De mí!

= Si. » Mauricio, añadió, vá con mucha

frecuencia á ese b rrio.

—¿A qué b rrio?

—Al del caballero de la Casa-Roja.

—Cómo! exclamó Mauricio, es por aquí por donde se oculta?

—A lo menos se presume, puesto que por aquí vive su cómplice presunto, el comprador de la casa de la calle de la Corderia.

—Arrabal de Victor? preguntó Mauricio.

—Si, arrabal de Victor.

—Y en qué calle del arrabal?

—En la de San Jacobo.

—Oh Dios mío! exclamó Mauricio deslumbrado como por un relámpago, y se tapó los ojos con ambas manos.

Al cabo de un minuto, y como si durante este momento hubiese recobrado todo su valor, preguntó:

—Cuál es su profesion?

—Maestro curtidor.

—Y su nombre?

—Dixmer.

—Tienes razon, Lorin, dijo Mauricio comprimiendo hasta la apariencia de su emocion con la fuerza de su voluntad: voy con vosotros.

—Y haces bien: Estás armado?

—Tengo mi sable, como siempre.

—Toma además estas dos pistolas.

—¿Y t ?

=Yo tengo mi carabina. ¡Armas al brazo! ¡marchen!

¡La patrulla se puso en marcha acompañada de Mauricio, que caminaba al lado de Lorin, y precedida por un hombre vestido de gris que la dirigía. Este hombre era un agente de policía.

De cuando en cuando se veían destacarse de las esquinas de las calles ó de las puertas de las casas ciertas sombras que venían á decir algunas palabras al hombre gris; estos eran vigilantes.

Al llegar al callejón, el hombre gris, que, al parecer estaba bien informado, se paró delante de la puerta del jardín por donde habían hecho entrar á Mauricio maniatado, y dijo:

—Aquí es.

—Cómo! exclamó Lorin.

=Aquí hallaremos á los dos gefes.

Mauricio se apoyó en la pared para no caerse.

=Hay tres puertas, dijo el hombre gris, la principal, esta y otra que dá á un pabellón. Yo entraré por la principal con seis ú ocho hombres, guardad esta con cuatro ó cinco y colocad tres seguros á la salida del pabellón.

—Yo, dijo Mauricio, voy á saltar la tapia y vigilaré en el jardín.

—Perfectamente, dijo Lorin, de ese modo podrás abrirnos la puerta cuando convenga.

—Con mucho gusto, dijo Mauricio: pero no abandoneis el puesto hasta que os llame. Cuanto pase dentro, lo veré desde el jardín.

—¿Conque conoces la casa? preguntó Lorin.

—Sí, porque en cierta ocasión quise comprarla.

Lorin emboscó sus hombres en los ángulos de los vallados y en los rincones de las puertas, mientras el agente de policía se alejaba con ocho ó diez nacionales para guardar, como él había dicho, la entrada principal.

Al cabo de un instante cesó el ruido de sus pasos sin haber llamado en aquel desierto la menor atención.

Los hombres de Mauricio estaban en sus puestos, ocultos lo mejor que podían, y cualquiera podía jurar que todo estaba tranquilo y que nada extraordinario pasaba en la antigua calle de San Jacobo.

Mauricio empezó á escalar la tapia.

—Espera, dijo Lorin.

—¿Qué quieres?

—¿Y la contraseña?

—Es verdad.

=Clavel y subterráneo. Deten á cuantos no te digan estas dos palabras y dejaspasar à los que las digan. Esta es la consigna.

=Gracias, dijo Mauricio, saltando desde lo alto de la tapia del jardin.





CAPITULO I.

Clavel y subterráneo.

El primer golpe fué tan terrible, que necesitó Mauricio todo el poder que tenia sobre si mismo para ocultar á

Lorin el trasnorno que habia sufrido, pero una vez dentro del jardin y en la soledad, se tranquilizó su espiritu y empezó à coordinar sus ideas.

Cómo! aquella casa que tantas veces habia visitado con el placer mas puro; aquella casa de que habia hecho su paraiso en la tierra, no era mas que una guarida de asesinos é intrigantes!

Conque no era mas que hipocresia la buena acogida que habia encontrado, y el amor de Genoveva era solo miedo!

Cómo Mauricio conocia á palmos todo el jardin, se fué deslizando poco á poco de matorral en matorral hasta ponerse á cubierto de los rayos de la luna, detras del invernadero donde estuvo encerrado la primera vez que se atrevió à entrar en aquella casa.

Este invernadero estaba frente al pabellon de Genoveva.

Pero aquella noche no estaba la luz quieta en un sitio como el dia en que encontró alli su salvacion, sino que andaba de una parte á otra, y lo que es mas, al través de una cortina, levantada por casualidad, vió à Genoveva que con mucha prisa guardaba en una caja una porcion de efectos, y aun vió, no sin gran asombro, bri-

llar armas en sus manos.

Subióse entonces sobre una piedra para ver mas cómodamente lo que pasaba en la habitacion de Genoveva, y con gran sorpresa [suya observó que quemaba papeles en la chimenea encendida.

Abrióse una puerta en aquel momento y entró un jóven. La primera idea de Mauricio fué que aquel hombre era Dixmer.

Corrió á el la jóven, le agarró las manos y asi permanecieron largo rato; pero al parecer profundamente conmovidos.

Entonces conoció Mauricio que aquel hombre nó era Dixmer, porque este era alto y fornido, y el recién llegado era delgado y de mediana estatura.

=Pues no es Dixmer, dijo prra si, como si estuviese obligado á decirselo á si mismo para convencerse de la perfidia de Genoveva.

Aproximóse á la ventana, pero cuanto mas se acercaba, menos veia. Tropezó entonces con una escalera y cogiéndola con un movimiento febril, la arrimó á la pared.

Subió por ella, miró por la abertura de la cortina, y vió que el desconocido de la habitacion de Genoveva era un jóven de 27 à 28 años, de ojos azules y de gentil

continente, Genoveva le tenia cogido de las manos y se enjugaba las lágrimas que bañaban su hermoso rostro.

Un ligero ruido causado por Mauricio hizo al jóven volver la cabeza, y con no poca sorpresa se encontró con su salvador misterioso de la plaza del Chatelet.

En el mismo momento, soltando Genoveva las manos del jóven, se dirigió á la chimenea para asegurarse de que todos los papeles estaban quemados.

Mauricio no pudo contenerse mas, porque le atormentaban todas las terribles pasiones que desgarran el corazon del hombre; el amor, la venganza y los celos, y dando un empujon á la ventana mal cerrada, saltó dentro de la estancia.

En el mismo instante se vió amenazado por dos pistolas que le pusieron al pecho.

Genoveva, que se habia vuelto al ruido, quedó muda de espanto.

—Sois el caballero de la Casa-Roja? preguntó Mauricio al que tenia su vida á su disposicion.

—Y qué sucederia si lo fuese? preguntó el caballero.

Que en ese caso, como sois valiente, y por lo tanto sereno, puedo deciros dos palabras.

—Hablad, dijo el caballero, sin bajar la pistola.

—Podeis matarme; pero no seria antes de que yo dé una voz, ó mejor dicho, no me matareis sin que la dé. Si lanzo este grito, mil hombres que cercan esta casa la reduciràn al punto á cenizas, conque asi bajad las pistolas, y escuchad lo que voy á decir á la señora.

—A Genoveva? dijo el caballero.

—A mi! murmuró la jóven.

—Si, á vos.

Y Genoveva, mas pálida que una estátua se asiò del brazo de **Mauricio**; pero este la rechazó.

—Ahora veo que no me engañábais cuando me deciais que no amábais á Morand, dijo **Mauricio** con un profundo desprecio.

—**Mauricio**, escuchadme, exclamó Genoveva.

—No tengo que oir nada; me habeis engañado cruelmente; habeis roto de un golpe todos los lazos que unia mi corazon al vuestro; me habeis dicho que no amábais á Morand; pero me ocultábais que teniais otro amante.

—Qué decis de Morand; ó mas bien de qué Morand hablais? dijo el caballero.

—De Morand el quimico.

—Morand el químico está delante de vos Morand el químico y el caballero de la Casa--Roja son una misma persona.

Y alargando la mano hácia una mesa próxima, se puso en un momento aquella peluca negra que por tanto tiempo le había desfigurado á los ojos del jòven.

—Si, dijo este desdeñosamente, ahora lo comprendo todo; es verdad que no amábais á Morand, porque Morand no existe; pero; no es menos despreciable el subterfugio, por mas diestro que sea.

El caballero hizo un movimiento de amenaza.

—Caballero, continuó Mauricio, ¿quereis dejarme hablar un momento con Genoveva! Si gustais podreis presenciar la conversacion, pues no será larga.

Genoveva hizo un movimiento como para rogar á Casa Roja que tuviese paciencia.

—¿Conque es decir, prosigúo Mauricio con amargura, que vos, Genoveva, me habeis espuesto á la burla de mis amigos y á la execracion de mi partido, haciéndome cómplice involuntario de todas vuestras maquinaciones, y sirviéndoos de mi como de un instrumento cualquiera? Esta es una accion infame... Pero no quedará sin castigo, porque el caballero vá á matarme á vuestra

vista; pero antes de cinco minutos estará tambien tendido sin vida á tus pies, ó si vive será para morir en un cadalso.

—¡Morir él en el cadalso! exclamó Genoveva. ¿No sabeis, Mauricio, que es mi protector y el de mi familia, que daría mi vida por la suya, que si muere moriré yo, y que si vos sois mi amor el es mi religion?

—En verdad que son las mujeres muy débiles y cobardes.

Volviéndose despues al jóven realista, le dijo:

—Vamos, caballero, es preciso matarme ó morir.

—¿Por qué?

—Porque si no me matais, voy á prenderos.

Y Mauricio estendió el brazo para cogerle del cuello.

—No os disputaré mi vida, dijo el caballero de la Casa-Roja: mirad lo que hago.

Y en seguida arrojò sus armas sobre un sillón.

—¿Y por qué no me disputareis vuestra vida?

—Porque mi vida no vale los remordimientos que sufría matando á un hombre de tan buenos sentimientos, y sobre todo porque Genoveva os ama.

—¡Ah! exclamó la jóven juntando las ma-

nos; siempre, Armando, sois bueno, grande, leal y generoso.

Mauricio no hacia mas que mirarlos con un asombro casi estúpido.

—Escuchad, dijo el caballero, voy á entrar en mi habitacion, y os juro, á fe de caballero, que no es para huir, sino para ocultar un retrato.

Mauricio dirigió al momento la vista al de Genoveva, pero estaba en su sitio.

Ora adivinase Casa Roja el pensamiento de Mauricio, ora quisiese llevar hasta el estremo su generosidad, lo cierto es que sacando de su pecho una miniatura, se la enseñó á Mauricio, y le dijo:

—Bien sé que sois un republicano; pero sé tambien, que teneis un corazon generoso y leal, y hasta el último momento me confiaré á vos. Mirad.

Era el retrato de la reina.

Mauricio bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Espero vuestras órdenes, señor, dijo Casa Roja; si quereis prenderme, llamareis á esta puerta cuando sea tiempo de entregarme. En nada aprecio la vida, desde el momento en que ya no la sostiene la esperanza de salvar á la reina.

El caballero se retiró sin que Mauricio hiciera el menor ademan para detenerle.

Apenas hubo salido de la estancia, cuando Genoveva se postró á los pies de Mauricio diciendo:

—¡Perdonadme, Mauricio, todo el mal que os he causado! ¡perdonadme que os haya engañado! Doleos de mis lágrimas, de mis tormentos, pues os juro que he sufrido y llorado mucho. ¡ah! mi marido salió esta mañana, no sé adonde ha ido, y acaso no volveré á verle mas; un amigo, un hermano me quedaba, y vos, Mauricio, vais á matarle. ¡Oh! perdon, perdon.

Mauricio levantó del suelo á la afligida jóven.

—¿Qué quereis? le dijo: hay en el mundo fatalidades que no se pueden evitar; en esta época todo el mundo juega la vida; el caballero de la Casa Roja ha jugado como los demas y ha perdido; fuerza es que pague.

—Es decir, que muera, si os comprendo bien.

—Si.

—¡Fuerza es que muera! ¿y vos me lo decís?

—No soy yo, Genoveva, sino la fatalidad.

—La fatalidad no ha dado aun su fallo en este asunto, puesto que podeis salvarle.

—A espensas de mi palabra, y por consiguiente de mi honor. Comprendo Genoveva.

=Mauricio, todo lo que exijo de vos es que cerréis los ojos, y mi reconocimiento llegará hasta donde puede llegar el de una mujer.

—Será inútil que cierre los ojos, porque hay una consigna sin la que no puede salir nadie; porque os repito que la casa está cercada.

—¿Y sabeis cuál es la consigna?

—Sí.

=Amigo mio, querido, Mauricio, dádmela, la necesito.

—¡Genoveva! ¡Genoveva! exclamó Mauricio, ¿con qué derecho podeis decirme: «en nombre de mi amor no tengas palabra, ni honor, vende tu causa y tus opiniones, mientras reniega de ellas?»... ¿qué me ofreceis en cambio de todo esto, vos, que me tentais así?

=¡Ah! Mauricio, salvadle, salvadle, y despues pedidme la vida.

=Genoveva, contestó Mauricio con voz triste, escuchadme: tengo un pié en el camino de la infamia, y para encenagarme en ella, quiero tener á lo menos una buena razon contra mi mismo. Genoveva, juradme que no amais al caballero de la Casa Roja.

—Amo al caballero de la Casa Roja como una hermana, como una amiga, pero no de otro modo.

—¿Y á mi me amais, Genoveva?

—Mauricio, tan verdad es que os amo, como que Dios me oye.

—Y si yo hago lo que me pedis, ¿os atreveréis á abandonar á vuestros parientes, á vuestros amigos, á vuestra pátria, por huir con el traidor?

—¡Mauricio! ¡Mauricio!

—¡Oh! ya vacila.

Y Mauricio retrocedió con aire de indignacion, de suerte que, faltando á Genoveva su apoyo, cayó de rodillas delante del jóven.

—Mauricio, dijo torciéndose sus manos: juro todo lo que quieras; manda y obedeceré.

—Serás mia, Genoveva.

—Cuando lo exijas!

—Júralo por el Crucificado.

Genoveva estendió el brazo.

—Dios mio, dijo, vos que habeis perdonado á la mujer adúltera, perdonadme á mi tambien.

Y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron en sus desordenados cabellos que flotaban sobre su pecho.

—Oh! asi no, exclamó Mauricio, no jureis asi, ó no acepto el juramento.

—Dios mio, añadió ella, juro consagrar toda mi vida á Mauricio, morir con él, y si es preciso por él, si salva á mi amigo, á

mi protector, á mi hermano, el caballero de la Casa-Roja.

—Pues bien, se salvará, dijo Mauricio, y acercándose á la puerta añadió:

—Caballero volveos á poner el traje del curtidor Lorand. Os devuelvo vuestra palabra. Estais libre.

—Y vos, señora, dijo á Genoveva, oid las dos palabras de la consigna: Clavel y subterráneo.

Y como si hubiese tenido horror á permanecer en la estancia donde habia pronunciado estas dos palabras que le hacian traidor, abrió la ventana y saltó al jardín.



CAPITULO III

Pesquisa.

Mauricio se volvió á colocar en su puesto frente á la ventana del pabellon de Genova, pero desde que esta pasó á la es-

tancia del caballero de la Casa-Roja dejó de brillar la luz que habia servido de guia al jóven municipal, quien por otra parte no pudo retirarse á su puesto mas á tiempo, pues abriéndose la puerta del jardin, entró por ella el hombre gris acompañado de Lorin y seis granaderos.

=Que hay preguntó Lorin.

—Ya lo veis, dijo Mauricio, estoy en mi puesto.

=Ha querido alguno forzar la consigna?

=Nadie, respondió Mauricio satisfecho del modo con que se le dirigia la pregunta, pues le evitaba la necesidad de mentir: y vosotros qué habeis hecho?

=Nosotros, respondió el agente de policia; hemos adquirido la certeza de que hace una hora que el caballero de la Casa-Roja ha entrado en esta casa, y que no ha salido de ella, dijo el hombre de la policia.

=Y sabeis donde está su habitacion? preguntó Lorin.

—Si por cierto; solo está separada de la ciudadana Dixmer por un corredor.

=Hola! hola!

—Separacion bien inútil, pues parece que el tal caballero es un buen Perillan.

Mauricio sintió que toda la sangre se le agolpaba á la cabeza, y el vértigo le obligó á cerrar los ojos.

—Pero qué dice á esto el ciudadano Dixmer? preguntó Lorin.

—Nada; cree que es un gran honor para él.

—Vamos, qué hacemos? dijo Murricio con voz sofocada.

—Qué? ir á prenderle en su habitacion y tal vez en la cama, respondió el de la policia.

—Y no sospecha él nada?

—Nada absolutamente.

—Cuál es la disposicion del terreno? preguntó Lorin.

—Tenemos un plano perfectamente exacto de el, dijo el hombre gris; un pabellon situado en un ángulo del jardin; asi es: se suben cuatro escalones, no lo veis desde aqui? á la derecha está la habitacion de la ciudadana Dixmer; sin duda es la de esa ventana que estamos viendo. Frente á la ventana, en el fondo, hay otra puerta que dá á un corredor, y en este corredor está la puerta del cuarto del caballero.

—Muy bien, eso es lo que se llama una topografia exacta, dijo Lorin: con un plano como este se puede ir á cualquier parte con los ojos vendados. Adelante.

—Están bien guardadas las calles? preguntó Mauricio con un interés que los asistentes atribuyeron á temor de que se escapase el caballero.

—Las calles, las esquinas y las plazuelas: apuesto á que no pasa un raton sin la consigna.

Mauricio se estremeció, temiendo que tantas precauciones hicieran su traicion inútil á su felicidad.

—Cuántos hombres necesitais para prender al caballero? preguntò el hombre gris.

—Cuántos hombres? dijo Lorin: espero que habrá bastante con Mauricio y conmigo. No es verdad, Mauricio?

—Si, creo que habrá bastante con nosotros, contestó el jóven municipal con voz balbuciente.

—Ea! dejémosnos de sanfarronadas, dijo el agente de policia. Os comprometeis á Prenderlo?

—Par diez! no nos hemos de comprometer? No es verdad, Mauricio que es preciso prenderlo á todo trance?

Lorin tuvo cuidado de recalcar bien esta frase, porque queria desvanecer las sospechas que habian empezado á inspirar él y Mauricio, y sabido es que en aquella época las mas insignificantes acciones infundia la desconfianza. Creyó, pues, Lorin que hablando de la manera que él lo hacia, nadie dudaria ya del patriotismo de dos hombres que se comprometian á prender al caballero de la Casa-Roja.

--Pues bien, dijo el agente de policia, si estais realmente decididos á apoderaros de su persona, creo que vale mas acometer la empresa con tres hombres en lugar de dos, y mucho mejor si son cuatro en vez de tres, porque el caballero jamás se acuesta sin poner á la cabecera de la cama una espada y en su mesa de noche un par de pistolas.

--Voto á Cribas! dijo uno de los granaderos de la compañía de Lorin, entremos todos, no haya preferencia para nadie; si se rinde, lo pondremos á buen recaudo y lo reservaremos para la guillotina, y si se resiste, le acuchillamos.

--Bien dicho, contestó Lorin, adelante: pasamos por la puerta ó por la ventana?

--Por la puerta, dijo el agente de policia; acaso esté la llave puesta, al paso que si entramos por la ventana será preciso romper algunos vidrios, lo cual no podemos verificar sin hacer ruido.

--Sea por la puerta, dijo Lorin; con tal que entremos, poco me importa por donde. Vamos, Mauricio, sable en mano!

--Mauricio desembainó maquinalmente su sable.

Avanzó silenciosamente la partida hácia el pabellon, y como habia indicado el hombre gris, tropezaron con los primeros escalones de la graderia, despues se hallaron en

la meseta y luego en el vestíbulo.

—Albricias! exclamó Lorin: la llave está puesta; acabo de tentarla.

—Pues bien, abre ciudadano subteniente, dijo el hombre gris.

Lorin dió vueltas á la llave con la mayor precaucion; abrióse la puerta, y Mauricio se enjugó su frente bañada en sudor.

—¿Hémos llegado ya? pregunto Lorin.

—Todavía no, contestó el hombre gris; si nuestras noticias topográficas son esactas, nos hallamos en la habitacion de la ciudadana Dixmer.

—Podemos asegurarnos de ello, dijo Lorin; afortunadamente hay todavía lumbre en la chimenea; encendamos una vela.

—No, no, encendamos los hachones que traemos, porque la vela se apagará, dijo el hombre gris; y tomando de manos de un granadero dos hachones, que encendió en el hogar moribundo, dió uno á Mauricio y otro á Lorin.

—Ya veis que no me engañaba, dijo; mirad la puerta que dá á la alcoba de la ciudadana Dixmer y la otra que comunica con el corredor.

—¡Adelante! pasemos al corredor, dijo Lorin empujando la puerta del fondo, y se hallaron enfrente á la habitacion del caballero. Mauricio habia visto veinte veces aquella

puerta; pero nunca habia preguntado à donde comunicaba, porque para él se concentraba todo el mundo en la habitacion en que le recibia Genoveva.

—¡Hola! hola! dijo Lorin en voz baja; esto cambia de aspecto; esta puerta está cerrada, pero han quitado la llave.

—¿Pero estais seguro, dijo Mauricio pudiendo apenas hablar, que sea aquí donde esté?

—Si el plan es exacto, respondió el agente, aquí debe ser; además, ahora mismo vamos á verlo. Granaderos, echad la puerta abajo, y vosotros, ciudadanos, estad dispuestos para entrar en seguida que caiga la puerta.

Cuatro hombres designados por el enviado de la policia levantaron las culatas de sus fusiles, y à una señal del que dirigia la empresa descargaron un solo golpe y se abrió la puerta hecha pedazos.

—Ríndete ó eres muerto, exclamó Lorin precipitándose en la habitacion.

Nadie respondió; las cortinas de la cama estaban corridas.

—Apunten, dijo el agente de policia, y haced fuego al primer movimiento de la colgadura.

—Esperad, dijo Mauricio: lo mejor será descorrerla; y creyendo sin duda que el ca-

ballero estaba oculto detrás de las cortinas, se lanzó á ellas; pero deslizándose estas por la varilla de hierro, dejaron ver la cama enteramente vacía.

=Diantre! dijo Lorin, no hay nadie...

—Se habrá escapado, contestó Mauricio.

—!Imposible, ciudadanos, imposible! exclamó el hombre gris; os digo que le han visto entrar hace una hora, que nadie le ha visto salir y que todas las salidas estan guardadas.

Lorin entretanto abria las puertas de los gabinetes y de los armarios y registraba en todas partes, aun en aquellos sitios en que era materialmente imposible que se ocultára un hombre.

—Ya veis, no hay nadie, absolutamente nadie.

Nadie! repitió Mauricio con una emccion fácil de comprender; efectivamente, no hay nadie.

=Acaso esté en la habitacion de la ciudadana Dixmer, dijo el agente de policia.

—Oh! exclamó Mauricio, respetad la alcoba de una muger.

=Por supuesto que se respetará dijo Lorin, y á ella tambien, pero esto no impide que la visitemos.

=A la ciudadana Dixmer, dijo uno de los granaderos aprovechando la ocasion de lu-

cir un retruécano de tan mal género.

—No, dijo Lorin, á su habitacion solamente.

—Entonces, dijo Mauricio, dejadme pasar el primero.

—Pasa, dijo Lorin, tú eres el capitán y te corresponde de derecho esta preferencia.

Dos hombres quedaron de centinela en la pieza que se acababa de registrar, y Mauricio se aproximó á la puerta de la alcoba de Genoveva, donde iba á entrar por la vez primera. Su corazón latía con violencia. La llave estaba puesta en la puerta, pero al poner en ella la mano, vaciló Mauricio.

—Qué es eso? dijo Lorin, por qué no abres?

—Y si está acostada la ciudadana Dixmer? preguntó Mauricio.

—Registraremos su lecho, debajo del lecho, su chimenea y sus armarios, dijo Lorin, y si nada hallamos, la daremos las buenas noches y nos retiraremos.

—No tal, dijo el agente de policía: lo que haremos será prenderla, porque la ciudadana Genoveva Dixmer es una aristócrata reconocida como cómplice de la hija de Tison y del Caballero de la Casa Roja.

--Entonces abrid, dijo Mauricio soltando la llave, yo no prendo á mugeres.

El agente miró á Mauricio de reojo y los granaderos murmuraron entre sí.

--Hola, hola! dijo Lorin, murmurais? pues murmurad de los dos, porque yo tambien soy del dictámen de Mauricio.

El hombre gris cogió la llave, abrió la puerta y los soldados entraron precipitadamente en la habitacion. Dos bugias ardan sobre una mesa; pero el aposento de Geneveva estaba vacio como el del caballero de la Casa Roja.

--No hay nadie! exclamó el agente de policia.

--Nadie! repitió Mauricio poniéndose pálido. Pues dónde está ella?

Lorin miró á Mauricio con asombro.

--Busquemos bien por todas partes, dijo el agente.

Y acompañado de los milicianos, se puso á registrar toda la casa desde las piezas de la fábrica hasta las cuevas.

Apenas volvieron la espalda, cuando Mauricio, que los habia seguido con la vista y lleno de impaciencia, entró precipitadamente en la habitacion, abriendo de nuevo los armarios y llamando á grandes voces á Geneveva, pero como esta no le contestára se puso á registrar con una especie de frenesí toda la casa.

De repente se oyó un gran ruido, y muchos hombres armados se presentaron en la puerta, dieron la consigna al centinela, inve-

dieron el jardín, y se diseminaron por toda la casa. A la cabeza de este refuerzo brillaba el plumage ahumado de Santerre.

—¿Dónde está el conspirador? preguntó á Lorin.

—¿Cómo qué dónde está el conspirador?

—Sí, donde le teneis?

—Eso mismo te iba á preguntar: si tu destacamento ha guardado bien las salidas, debe haberse apoderado de su persona, porque cuando hemos entrado en la casa ya no estaba en ella.

—¿Qué dices!... exclamó el general furioso, ¿le habreis dejado escapar?

—No hemos podido dejarle escapar, porque no le hemos cogido nunca.

—Pues no lo entiendo, dijo Santerre, y cada vez estoy mas absorto.

—De qué?

—De lo que me habeis enviado á decir con vuestro emisario.

—¿Por ventura hemos enviado á alguno?

—Sí por cierto. Un hombre vestido de negro, con anteojos verdes, el cual nos dijo de parte vuestra que teniais cercado á Casa Roja; pero que se defendia como un leon, y por eso he venido corriendo.

—Un hombre vestido de negro con anteojos verdes? repitió Lorin.

--Asi es, y por mas señas llevaba una mujer del brazo.

—Jóven y bonita? exclamó Mauricio acercándose al general.

—Sí.

—Era él y la ciudadana Dixmer!...

—Quien es él?

—Casa Roja... oh! soy un miserable en no haber muerto á ambos!

—No tengas cuidado, ciudadano Lindey, dijo Santerre, pues se les echará el guante.

—Pero cómo diablos les habeis dejado pasar? preguntó Lorin.

—Pardiez! les he dejado pasar, respondió Santerre, porque tenían la consigna.

—Tenían la consigna? exclamó Lorin; entonces hay algun traidor entre nosotros.

—No, Lorin; se os conoce demasiado para creer que ninguno de vosotros sea traidor.

Lorin miró á su alrededor para buscar al traidor, y se encontró con la frente sombría de Mauricio.

—Qué significa esto? dijo entre si.

—Este hombre no puede estar muy lejos; escudriñemos las cercanias, y tal vez haya caido en manos de alguna patrulla mas hábil que nosotros, y que no se haya dejado engañar.

—Si, si, busquémosle dijo Lorin; y agarrando á Mauricio, del brazo, le sacó fuera del jardin so pretexto de buscar al caballero.

—Si, busquémosle, dijeron los soldados: pero antes.....

Y uno de ellos echó un hachon en un cobertizo todo lleno de leña.

Mauricio no opuso ninguna resisteneia, y siguió á Lorin como un niño: llegaron al puente sin hablar palabra; detuviéronse allí, y Mauricio volvió la cabeza.

El cielo aparecia de color de fuego en el horizonte del arrabal, y se veia subir numerosas chispas por encima de las casas.

CAPITULO IV.

El juramento.

Mauricio se estremeció, y tendiendo la mano hácia la calle vieja de San Jacobo, dijo:

=Fuego! fuego!

—Si, fuego; y qué tenemos con eso? dijo

Lorin.

—Dios mio, si hubiese vuelto!

=Quién?

—Genoveva.

—La mujer de Dixmer, no, esto es?

—Si.

—No, no temas que vuelva, porque no se habrá escapado para volver.

—Lorin, necesito encontrarla, necesito vengarme.

—Oh! oh! dijo Lorin.

—Tu me ayudarás á buscarla, no es verdad, Lorin!

—Pardiez! no creo que sea difícil hallarla.

—Cómo?

—De un modo muy sencillo: si, como creo, te interesas por la suerte de la ciudadana Dixmer, debes conocerla, y conociéndola debes saber cuales son sus amigos y las casas que mas frecuentaba; porque de fijo no habrá salido de Paris. Sin duda se ha refugiado en casa de alguna amiga intima, y mañana recibirás por medio de alguna rosa un billete concebido poco mas ó menos en estos términos:

Si Marte quiere ver á Citerea,

Que entre las sombras de la noche sea.

Y luego: que se presente al portero de

la casa de tal calle y tal número, y pregunte por madama tres estrellas y nada mas.

Mauricio se encogió de hombros, porque sabia muy bien que Genoveva no tenia casa

donde refugiarse.

—Estoy seguro de no encontrarla!

—Me permites que te diga una cosa, Mauricio? dijo Lorin.

—Cuál?

—Que nada perderíamos con no encontrarla.

—A! moriría, Lorin.

—Diablol! dijo el jóven, ¿conque ese es el amor por el que has estado á punto de hacer una calaverada?

—Si, respondió Mauricio.

Lorin reflexionó un instante y añadió:

—Son las once, Mauricio; el bárrio está desierto, y aquí hay un banco de piedra que parece hecho á propósito para que se sienten dos amigos. Concédeme una audiencia particular, como se decia bajo el antiguo régimen, y te doy mi palabra de que no hablaré mas que en prosa.

—Habla dijo Mauricio sentándose en el banco; é imitándole Lorin.

—Escucha, querido amigo, sin exordio sin perifrasis, sin comentario nos perdemos absolutamente, ó mejor dicho tu nos pierdes.

—Cómo! preguntó Mauricio.

—Existe, querido amigo, cierto decreto del comité de salud pública que declara

traidor á la patria á cualquiera que tenga relaciones con sus enemigos. Conoces tu este decreto?

—Sí.

Pues bien; me parece que tienes todo lo que el decreto [dice para que se tenga por traidor. Qué respondes?

—Lorin!...

—Hijo, no hay escape, á no ser que mires como idólatras de la patria á los que dan mesa y lecho al caballero de la Casa Roja, el cual no es un exaltado republicano, ni está acusado como cómplice de las jornadas de setiembre. De todo esto resulta que has sido un poco mas amigo que lo que debias [ser de la enemiga de la patria. Vamos, no te vayas á sublevar; porque eres como el gigante Encélado, capaz de conmo- ver una montaña cuando te mueves. Te lo repito, no te subleves, y confiesa buenamente que no eres muy celoso republicano.

Aunque Lorin pronunció estas palabras con toda la dulzura posible, Mauricio pretestó contra ellas con un ademán que su interlocutor aparentó no haber visto, y prosiguió su discurso diciendo:

—Si estuviésemos en una de esas temperaturas de invernaderos en que el termómetro no marcase mas que 16 grados, te di-

ria: querido Mauricio, esto que haces es galante, es lo que debes hacer, es preciso y es muy bueno ser de tiempo en tiempo un poco aristócratas. Pero ahora desgraciadamente estamos en una temperatura de 33 á 40 grados de calor: el que no tiene este calor es frio; el que es frio es sospechoso, y cuando uno se hace sospechoso, eres demasiado entendido, Mauricio, para no saber la suerte que le aguarda.

=Pues bien, que me maten y todo acabará de una vez; exclamó Mauricio; así como así estoy cansado de la vida.

-Si, desde hace un cuarto de hora, dijo Lorin; pero, amigo mio, no estamos en el caso de dejarte hacer locuras; además, cuando uno muere en este tiempo, es preciso que muera republicano, y tú morirías aristócrata.

=Me parece que vas muy allá, querido amigo, dijo Mauricio, cuya sangre principiaba á inflamarse con el dolor y la impaciencia que resulta de una mala accion.

=Pues todavía iré mas allá; porque te prevengo que si te haces aristócrata...

-Me denunciarás?

-No, pero te encerraré en una cueva, te haré pregonar despues como un objeto perdido, y despues diré por todas parte que,

sabiendo los aristócratas lo que les reservabas, te han secuestrado, martirizado y muerto de hambre; de suerte que cuando se te encuentre, como al preboste Elias de Beaumont, M. Latude y otros, serás coronado de flores públicamente por las verduleras y traperas de Paris, apresúrate á ser un Aristides si no quieres ver tu pleito mal parado.

—Lorin, Lorin, conozco que tienes razon; pero me veo arrastrado á una pendiente resbaladiza. ¿Me culparás acaso de que la fatalidad me arrastre por ella?

—Yo no te culpo; pero me quejo de ti. Recuerda un poco las escenas entre Píldes y Orestes, y verás como la amistad no es mas que una paradoja, puesto que aquellos dos amigos modelos estaban disputando desde la mañana hasta la noche.

—Lorin, lo mejor que puedes hacer es abandonarme.

—Jamás.

—Entonces dejáme amar y ser loco á mi gusto, ser criminal tal vez; porque conozco que si vuelvo á verla, soy capaz de matarla.

—Lo que harás será arrodillarte delante de ella. Mauricio enamorado de una aristócrata! Jamás lo hubiera creído. Te sucede

o mismo que al pobre Osselin con la marquesa de Charry.

—Basta por Dios, Lorin.

—Mauricio, me prometo curarte, ò el diablo me lleva. No quiero que ganes à la loteria de la santa guillotina, como dice el tendero dé la calle de los Lombardos. Creo que vas à exasperarme hasta el punto de convertirme en un antropófago. Mauricio, experimento cierta necesidad de pegar fuego à la isla de San Luis. Dame una antorcha, un hachon.

Pero no, trabajo inútil:
¿A qué demandarte fuego,
Cuando con el tuyo sobra
Para arder el mundo entero?

Mauricio se sonrió à pesar suyo y le dijo:

—No habias prometido hablar solo en prosa?

—Es que me exasperas con tus locuras; es que... Mira, Mauricio, vamos à beber; vamos à achisparnos, hagamos mociones y estudiemos la economía politica; pero por amor de Júpiter no nos enamoremos, no amemos mas que à la libertad.

—O à la razon.

—Es verdad! la diosa te dá muchas espres-

siones, y dice que eres un mortal encantador.

—Y no tiene celos de mí?

—Mauricio, soy capaz de hacer los mayores sacrificios para salvar á un amigo.

—Gracias, pobre Lorin, agradezco tu generosidad; pero el mejor consuelo es saturarme en mi propio dolor. Adios, Lorin, ve á ver á Artemisa.

—Y tú á dónde vas?

—A mi casa.

Y Mauricio dió algunos pasos hacia el puente.

—Pues qué vives ahora por la calle vieja de San Jacobo?

—No, pero quiero ir por allá.

—Para ver siquiera por otra vez los sitios que habitaba tu inhumana?

—Para ver si ha ido á donde sabe que la espero. Oh! Genoveval Genoveva! no te hubiera creído capaz de traicion semejante.

—Mauricio, he aquí lo que decía un tirano que conocia bien el bello sexo, como que murió por haberle amado demasiado:

La muger siempre varia.

Loco quien de ella se fia.

Mauricio lanzó un suspiro, y los dos amigos volvieron á tomar el camino de la calle de San Jacobo.

A medida que los dos amigos se aproximaban, distinguían un gran ruido, veían aumentarse la luz y oían esos cánticos patrióticos que en medio del día; bajo la atmósfera del combate, hubieran podido pasar por himnos heroicos, pero que por la noche, a la luz del incendio, tenían el lúgubre acento de una orgía de Cannibales.

—Oh Dios mío! exclamó olvidándose de que Dios estaba abolido.

Lorin le miraba sin hablar palabra y decía en voz baja.

Nadie puede ser prudente
Cuando amor su pecho siente.

Todo París? se dirigía al parecer hácia el teatro de los acontecimientos que acabamos de referir, de suerte que Mauricio se vió obligado á atravesar una espesa fila de bayonetas, la de los seccionistas y las apiñadas masas de un populacho, siempre furioso, que en aquella época corria ahullando de espectáculo en espectáculo. A medida que se aproximaban, mas en su impaciencia furiosa apresuraba el paso Mauricio. Seguíale con trabajo Lorin, pero le queria demasiado para dejarlo solo en tales circunstancias.

Casi todo estaba ya terminado; el fuego se

había comunicado desde el cobertizo donde el soldado había arrojado la tea encendida, hasta los talleres contruidos de planchas que dejaban porción de aberturas para la circulación del aire, las mercancías habían sido todas quemadas, y ya principiaba á arder la casa.

—Dios mio, dijo Mauricio para sí, si habrá vuelto, si se hallará en alguna habitación cercada por las llamas, esperándome y llamándome!.... y medio loco de dolor, se precipitó hácia la puerta que entreveía envuelta en humo, seguido por Lorin, que le hubiera acompañado hasta los mismos infiernos.

El techo estaba ya ardiendo, y el fuego se comunicaba á la escalera.

Mauricio visitó todo el piso principal, los salones, la alcoba de Genoveva, la del caballero de la Casa Roja y los corredores, gritando en voz alterada.

—Genoveva! Genoveva!

Nadie contestó.

Al volver los dos amigos á la primera pieza vieron bocanadas de humo y fuego que comenzaban á entrar por la puerta, y Mauricio, á pesar de los gritos que le daba Lorin enseñándole la ventana, atravesó por el medio de las llamas. En seguida corrió hácia la casa, atravesó sin detenerse el

pátio obstruido de muebles rotos, recorrió el comedor, el salon de Dixmer el gabinete del quimico Morand, todo esto lleno de humo, de fracmentos y de vidrios rotos; el fuego acababa tambien de atacar esta parte de la casa y comenzaba á devorarlo, pero Mauricio hizo aqui lo que acababa de hacer en el pabellon, no dejó una pieza ni un corredor que no recorriese y examinase, bajando hasta las cuevas por si acaso se habia refugiado en ellas Genoveva. Pronto vió frustradas sus esperanzas. Las cuevas, como el resto de la casa, estaban desiertas.

—Diablo! exclamó Lorin, no sé quién pueda esperarnos aqui, como no sean las salamandras, y no creo que sea este animal fabuloso el que buscas. Vamos, ven; preguntaremos á los que están en la calle: acaso habrá alguno que la haya visto.

Muchas fuerzas reunidas hubieran necesitado para sacar á Mauricio de la casa, si la esperanza que le alentaba no le hubiese arrastrado de un solo cabello.

Entonces empezaron las investigaciones registrando las cercanias, reconociendo todas las mujeres que pasaban; escudriñando todos los rincones: pero todo fué en valde. Era ya la una de la mañana, y Mauricio, á pesar de su fuerza atlética, se vió en la

precision de tener que renunciar à sus correrias y à sus continuos conflictos con la multitud, porque estaba estenuado de fatiga.

Casualmente pasaba entonces un fiacre y le detuvo Lorin.

—Querido, dijo á Mauricio, hemos hecho todo lo que es humanamente posible para encontrar á tu Genoveva, hasta el punto de estar derrengados, chamuscados, y casi tullidos por ella; por mas exigente que sea Cupido, no puede pedir mas de un enamorado, y sobre todo, de uno que no lo está. Subamos á este fiacre, y volvamos á nuestras respectivas casas.

Mauricio no respondió una palabra, y por consiguiente Lorin le acompañó hasta dejarle en su casa, sin que en todo el camino hubiesen desplegado los labios.

En el momento en que se apeaba Mauricio, oyeron cerrarse una ventana de su habitacion.

—Hola! dijo Lorin, alguien te espera, y esto me tranquiliza. Llama.

Llamó Mauricio y abrieron la puerta.

—Buenas noches, dijo Lorin; espèrame para salir juntos mañana por la mañana.

—Buenas noches contestó maquinalmente Mauricio.

Cerróse la puerta, y en las primeras gra-

dasde la escalera encontró á su oficioso. Cuando este le vió, exclamó:

—Ciudadano Lindey, que inquietud os has causado!

La palabra nos llamó vivamente la atencion de Mauricio.

—A ti?

—Si, y á la señorita que te espera.

—La señorita! dijo Mauricio de mal humor, pensando que tal vez seria alguna de sus antiguas conocidas, me alegro de que me lo hayas dicho, porque voy á acostarme á casa de Lorin.

—No hagas eso; estaba la pobrecilla á la ventana, y cuando te vió bajar del fiacre, exclamò: «ya está aqui!»

Y qué me importa que ella me conozca si yo no quiero saber quien es? Sube y cna que se ha equivocado en venir á mi casa.

El oficioso hizo un movimiento para obedecer; pero se detuvo y dijo al jóven.

—Ciudadano, muy mal haces en ello: la señorita está muy triste, y tu respuesta va á desesperarla.

—Pero quien es esa mujer?

—Ciudadano, no la he visto la cara; está cubierta con un manto y llora.

—Llora! dijo Mauricio.

=Si; pero muy quedo, porque apenas se la oye.

—Conque llora! repitió Mauricio. Conque hay en el mundo una mujer que se inquieta por mi ausencia hasta el punto de llorar!

Y subió lentamente detrás de su oficioso.

—Aquí está, ciudadana, aquí está, exclamó este entrando precipitadamente en la habitación.

Mauricio entró detrás de él, y vió en un rincón de la sala una muger que se ocultaba el rostro y que se la hubiera creído muerta á no ser por un gemido convulsivo que la hacia estremecer.

Hizo seña al oficioso que se marchase; este obedeció, y despues de haber cerrado la puerta, corrió Mauricio hácia la jóven que en aquel momento levantó la cabeza.

—Genoveva, exclamó, Genoveva en mi casa! Estoy loco, Dios mio!

—No, estais en vuestro sano juicio, amigo mio, respondió la jóven. Prometi ser vuestra si salvábais al caballero de la Casa Roja. Le habeis salvado, y aquí estoy.

Mauricio no comprendió el sentido de estas palabras; dió un paso hácia trás, y mirando con aire triste á la jóven, la dijo dulcemente:

—Genoveva! no me amais?

Los ojos de Genoveva se cubrieron de lágrimas, volvió la cabeza, y apoyándose en el respaldo del sofá, prorrumpió en sollozos.

—Ah! dijo Mauricio, ya veis como no me amais y no solo no me amais, Genoveva, sino que debéis experimentar cierto ódio contra mi, cuando os desesperais de ese modo.

Pronunció Mauricio con tanta exaltacion y dolor estas últimas palabras, que se levantó Genoveva y le cogió la mano.

—Dios mio! exclamó, será siempre egoista el hombre que consideraba mas digno de ser amado?

—Egoista yo! Genoveva, que quereis decir?

—Luego no comprendéis lo que sufro? Mi esposo fugitivo, mi hermano proscripto mi casa reducida à cenizas... y todo esto en una noche! y ademas la horrible escena entre vos y el caballero!

Mauricio la escuchaba con encanto, porque era imposible, aun al hombre mas locamente enamorado, no admitir que semejantes emociones acumuladas pudieran producir el estado de dolor en que Genoveva se hallaba.

—Conque al fin habeis venido? exclamó Mauricio con vehemencia. oh! ahora ya no volvereis á separaros de mi.

Genoveva se estremeció.

—¿A donde habia de haber ido? respondió la joven con amargura. ¿Tengo por ventura otro asilo, otro abrigo ni otro protector mas que el que me ha puesto un precio á su proteccion? ¡oh! furiosa y loca he atravesado el puente Nuevo, y al pasar me paré para ver el agua sombría que zambaba en los ángulos de los arcos, y que me atraia y fascinaba. Aquí, decia para mí, aquí, pobre mujer, está tu reposo, aquí encontrarás un abrigo y el olvido eterno.

—¿Genoveva, Genoveva! exclamó Mauricio, ¿conque habeis dicho eso?... ¿Luego me amais?

—Ya lo he dicho, respondió Genoveva en voz baja.

Mauricio respiró y se dejó deslizar muellemente á sus pies.

—Genoveva, murmuró, no lloréis; puesto que me amais, consolaos de todos vuestros dolores. Decidme, en nombre del cielo, que no son la violencia ni las amenazas las que os han traído aquí; decidme que al veros sola y sin asilo hubiérais venido á buscarme; decidmelo, y quedais libre del juramento que os he obligado á hacer.

—¡Dios mio! dijo la joven mirando al cielo;

os doy gracias porque al fin es generoso.

—Escuchadme, Genoveva dijo Mauricio: Dios á quien se arroja aquí de sus templos pero á quien no puede arrojarse de los corazones, donde ha puesto el amor, Dios ha hecho esta noche lúgubre en apariencia, pero en el fondo esplendente en glorias y felicidades Dios os ha conducido á mi casa: Dios quiere recompensar todos nuestros sufrimientos, todas las virtudes que hemos desplegado combatiendo este amor que parecia ilegítimo, como si un sentimiento tan largo tiempo puro y siempre tan profundo pudiera ser un crimen. No lloreis, Genoveva, estais en casa de un hermano, que no osará besar vuestro vestido, y que á una señal vuestra se alejará de vuestra presencia, quedando vos tan libre y tan segura como una virgen en una iglesia. Pero, si por el contrario, Genoveva mia, os acordais de que os he amado tanto, que he estado á punto de morir, que por este amor que podeis hacer ó fatal ó feliz he hecho traicion á los míos, que me he hecho odioso y vil á mí mismo; si quereis pensar en toda la felicidad que el porvenir nos reserva; en la fuerza y en la energia que hay en nuestra juventud y en nuestro amor para defender esta felicidad contra cualquiera que intente atacarla, oh! en ese caso, Genoveva, tú, que eres un ángel de bondad y de

dulzura, no podrás menos de hácer feliz á un hombre que ya no aborrece la vida ni desea otra dicha que tu amor. Ay! en vez de rechazarme, sonrieme, Genoveva mia, déjame apoyar tu mano sobre mi corazon, inclínate hácia el que quiere atraerte con todo su poder con todos sus votos, con toda su alma. Genoveva, amor mio, vida mia, Genoveva, no rompas ya tu juramento.

El corazon de la jóven se inclinaba á estas dulces palabras; la languidéz del amor, la fatiga de los padecimientos agotaban ya sus fuerzas, las lágrimas no asomaban á sus ojos, y sin embargo los sollozos levantaban todavia su pecho abrasado.

—Mauricio comprendió que Genoveva no tenia ya valor para resistir, y la cogió entre sus brazos. Entonces ella dejó caer su cabeza sobre el hombro de Mauricio, y desatándose sus largos cabellos, cubrieron el encendido rostro de su amante.

Al mismo tiempo sintió palpitar su pecho, levantado todavia como las olas despues de la tempestad.

—Lloras, Genoveva, le dijo con profunda tristeza, lloras? Oh! tranquilízate. No, no, jamás impondré el amor á un dolor desdeñoso. Jamás mis lábios se mancharán con un beso que envenene una sola lágrima de arrepentimiento.

Y Mauricio aflojó el lazo vivo de sus brazos, separó su frente de la de Genoveva y se volvió con lentitud, pero de improviso y por una de esas reacciones tan naturales á la mujer que se defiende y que desea ser vencida defendiéndose. Genoveva echó sus brazos trémulos al cuello de Mauricio, le estrechó con violencia y acercó su mejilla fria y húmeda todavía con las lágrimas á la abrazada mejilla del jóven.

=Oh! exclamó, no me abandones, Mauricio, porque eres el único protector que me queda en este mundo.

CAPITULO V.

La mañana siguiente.

Un hermoso sol que penetraba por las persianas venia á dorar las hojas de tres grandes rosales que Mauricio tenia en su balcon.

Aquellas flores tanto mas preciosas, cuanto

que principiaba á huir el buen tiempo, embalsamaban una salita que servia de comedor, sumamente aseada, en la que acababan de sentarse Mauricio y Genoveva á una mesa servida sin profusion pero con elegancia.

La puerta estaba cerrada, y en la mesa habia todo lo que los convidados podian apetecer, lo cual significaba claramente que se servirian á sí mismos.

El calor y la vida de los últimos hermosos dias entraban por entre las tablillas entornadas de la celosia y hacian brillar como el oro y la esmeralda las hojas de los rosales acariciados por el sol.

Genoveva dejó caer sobre su plato una manzana que sostenia con los dedos, y pensativa y sonriéndose solo con los labios, mientras que sus grandes ojos languidecian en la melancolia, permaneció así silenciosa, inerte y embargada, aunque viva y feliz al sol del amor, como lo estaban aquellas hermosas flores al sol del cielo.

Pronto sus ojos buscaron los de Mauricio, y los hallaron fijos en ella; tambien él la miraba y meditaba.

Entonces Genoveva apoyó su brazo dulce y blanco sobre el hombro del jóven, que no pudo menos de estremecerse, y en seguida se reclinó sobre su cabeza, con esa confianza y ese abandono que solo el amor inspira.

Genoveva le miraba sin hablarle y mirándole se cubria de rubor.

Mauricio no tenía que hacer otra cosa que inclinar ligeramente la cabeza para apoyar sus labios sobre los labios entreabiertos de su amada. Inclino la cabeza: Genoveva palideció, y cerráronse sus ojos como los pétalos de la flor que cierra su cáliz á los rayos de la luz.

Hallábanse así adormecidos con su estraña felicidad, cuando el ruido agudo de la campanilla vino á sacarles de su delicioso éxtasis.

El oficioso entró, y cerrando misteriosamente la puerta, dijo:

—Es el ciudadano Lorin.

—Ahí voy á despedirle; perdona Genoveva, pronto vuelvo.

Genoveva le detuvo.

—Despedir á vuestro amigo! A un amigo que os ha consolado, ayudado y sostenido! Así como no quiero que arrojéis de vuestro corazón á un amigo como este, tampoco quiero que le echeis de vuestra casa. Mauricio, decidle que entre.

—Cómo! permitis... dijo Mauricio!

—Lo quiero, contestó Genoveva.

—Ah! exclamó Mauricio, mereces que te se idolatre.

Mauricio abrió la puerta, y Lorin entró

con su traje de medio currutaco: cuando vió á Genoveva manifestó una sorpresa, seguida de un respetuoso saludo.

—Ven, Lorin, dijo Mauricio, y mira á la ciudadana; amigo, estás destronado, y eso que hubiera dado por ti mi vida; pero por ella he dado mi honor.

—Ciudadana, respondió Lorin con un tono serio que revelaba una emocion muy profunda, haré cuanto pueda por amar á Mauricio mas que vos, para que no deje de amarme enteramente.

—Sentaos, dijo Genoveva sonriéndose.

—Si, siéntate, dijo Mauricio, que habiendo estrechado á su derecha la mano de su amigo y á la izquierda la de su amada, acababa de llenarse el corazon de toda la felicidad que un hombre puede ambicionar sobre la tierra.

—Conque ya no quieres ni morir ni dejarte matar?

—Qué dices? preguntó Genoveva.

—Qué animal tan voluble es el hombre, continuó Lorin, y qué bien hacen los filósofos en despreciar su ligereza! Cómo creéis que ayer queria tirarse al fuego, al agua, y hacer una porcion de tosterias, porque decia que no habia felicidad en el mundo para él, y hoy le encuentro alegre, sa-

tisfecho, con la sonrisa en los labios, la felicidad en la frente, la vida en el corazón, mano à mano con una mujer bonita y una mesa bien provista? Verdad es que no come: pero esto no prueba que sea desgraciado.

—Conque queria hacer todo eso? preguntó Genoveva.

—Todo eso y mucho mas: os lo contaré otro dia, pero por el pronto tengo mucha hambre. Mauricio tiene la culpa, que me hizo correr ayer tarde todo el bårrio de Santiago. Ya que ni uno ni otro tocais à vuestro desayuno, dejadme à mi que le haga los honores.

—Tienes razon, dijo Mauricio con una alegria infantil: yo no he comido nada y vos tampoco, Genoveva.

Y al pronunciar este nombre guiñó el ojo à Lorin; pero este, ocupado en cortar un buen trozo de jamon, no se dió por entendido, esclamando solamente:

—Màgnifico pernil!

—Habias adivinado que era ella? le preguntó Mauricio.

—Soberbio jamon! repitió Lorin por toda respuesta.

—Tambien tengo yo gana, dijo Genoveva alargando su plato.

—Lorin, dijo Mauricio, ayer noche me sentia malo.

=Estabas mas que enfermo, pues estabas loco.

=Pues bien, creo que hoy estás tu enfermo.

—Per qué?

—Porque no haces versos.

—En eso estaba pensando ahora mismo, dijo Lorin.

Quando el rubicundo Apolo
Entre las gracias se sienta,
Festivo, risueño, alegre,
Jamás la cítara suelta.

Pero si incanto, de Venus
Sigue las haellas funestas,
Entonces pierde la lira,
Y hasta su razon con ella.

=Magnificos versos! dijo Mauricio riendo.

—Me alegro de que te gusten; pero pasemos á hablar de cosas menos alegres.

—Pues qué hay?

—Que dentro de poco voy á estar de guardia en la Consergeria!

—En la Consergeria! Dónde está la reina! exclamó Genoveva.

=Creo que si, señora.

Genoveva se puso pálida, Mauricio frunció el ceño é hizo una seña á Lorin. Este cortó una nueva lonja de jamon, doble que la primera.

La reina habia sido conducida efectivamente á la Consergeria, á donde vamos á seguirla.

CAPITULO VI.

La Consergeria.

En el ángulo del puente de Change y del muelle de las flores se ven los restos del viejo palacio de San Luis, llamado por excelencia el palacio, como Roma se llama la ciudad, y que continuaguardando aquel nombre soberano aun lesde que únicamente se vé ocupado por litigantes, por jueces y alguaciles.

Aquella sombría casa de la justicia hace temer mas que amar á la austera diosa. En aquel estrecho espacio se vé todo el aparato y todos los atributos de la vengau-

za humana. Allí se ven las salas donde están los detenidos, mas allá se los juzga, y mas bajo están los calabozos donde se les encierra cuando son condenados; á la puerta el lugar donde se les marca el hierro candente é infamante; en fin, á ciento cincuenta pasos de la primera, la otra plaza donde son ejecutados; es decir, la Greve, donde se termina la obra comenzada en el palacio.

Toda aquella parte de edificio contiguos unos á otros, tetricos, llenos de estrechas ventanas con rejas, cuyas bóvedas parecen otras tantas bocas de cueva, y que se estienden por el muelle de las Lunettes, es la Consergeria.

Esta prision tiene sus calabozos que el agua del Sena humedece con su negro fango, y en ellos salidas misteriosas por donde se conducia al rio á las víctimas que se queria hacer desaparecer.

La Consergeria, proveedora infatigable del cadalso, estaba en 1793 atestada de presos que, segun la costumbre de aquella época, eran condenados en una hora: el palacio de San Luis era entonces una verdadera hosteria de la muerte.

Bajo las bóvedas de las puertas se veia por la noche un farol, cuya luz rojiza era la

sinistra enseña de aquellos lugares.

En la vispera del día en que Mauricio, Lbrin y Genoveva almorzaban juntos, había estremecido el pavimento del muelle y los vidrios de la prision el sordo ruido de un carruaje; de repente cesó este ruido frente á la puerta ojiva; despues de haber llamado á ella los gendarmes con el puño de sus sables, se abrió la puerta, entró el carruage en el pátio, y cuando sonaron los goznes y chillaron los cerrojos, bajó de él una mujer.

Cerróse en seguida el postigo, y tres á cuatro cabezas curiosas, que se habían acercado á contemplar á la prisionera á la luz de los hachones, desaparecieron como por encanto, oyéndose algunas chanzas groseras y algunas palabras de despedida de los que semarchaban.

La persona que se apeó del carruaje, y que estaba dentro del primer postigo con los gendarmes, vió que había que atravesar otro: pero se olvidó de alzar el pié y bajar la cabeza, y se dió un violento golpe en la frente con una barra de hierro.

—Os habeis hecho mal, ciudadana? la preguntó uno de los gendarmes.

—No, no es cosa de cuidado, respondió la reina con la mayor tranquilidad.

Y pasó adelante sin proferir ni una que-

ja, á pesar de que se veía por cima de su ceja la huella casi sangrienta del golpe.

No tardó en verse el sillón del conserje, sillón mas respetado por los presos que lo es un trono por los cortesanos, porque el conserje es el dispensador de las gracias, y el que con sola su voluntad hace cuanto quiere.

El conserje Richard que, muy repantigado en su sillón, y como convencido de su importancia, no habia tenido por oportuno levantarse, á pesar del ruido de las puertas y de las rejas, tomó un polvo de rapé, miró á la prisionera, abrió un desmesurado libro de registro, y buscó una pluma, que fué á mojar en un tintero de cuerno, en el que, petrificada la tinta en sus bordes, conservaba todavía en medio de un poco de cenagosa humedad como en medio del crater de un volcan queda siempre un poco de materia en fusión.

—Ciudadano conserje, dijo el comandante de la escolta, haced vuestras apuntaciones cuanto antes, y dadnos el recibo, porque nos está esperando el ayuntamiento.

—No tardaré mucho, dijo el conserje echando en el tintero unas gotas de vino que quedaban en el fondo de un vaso: gracias á Dios estoy acostumbrado á esto. Tu

nombre y apellido, ciudadana?

Y mojado la pluma en la improvisada tinta, se dispuso á escribir en el final de la hoja, porque lo demas estaba lleno, las señas de la recién llegada, mientras que de pié, y detrás del sillón del conserje, contemplaba su mujer con miradas tiernas y con un asombro casi respetuoso aquella mujer de aspecto á la vez triste, noble y altivo á quien preguntaba su marido.

—María, Antonieta, Juana, Josefa de Lorena, respondió la prisionera, archiduquesa de Austria y reina de Francia.

—Reina de Francia! repitió el conserje levantándose asombrado.

—Reina de Francia! repitió la prisionera en el mismo tono.

—Por otro nombre viuda de Capeto, dijo el gefe de la escolta.

—Bajo cual de estos dos nombres debo inscribirla? preguntó el conserje.

—Bajo el que queráis, con tal que sea pronto, dijo el gefe de la escolta.

Volvió á sentarse el conserje, y con mano trémula escribió los nombres y títulos que se habia dado la prisionera, inscripción de la que aun se vé la tinta rojiza en el registro, cuya hoja han roído los ratones de la Consergeria en su parte mas interesante.

—Qué edad teneis? volvió á preguntar el conserje.

—Treinta y siete años y nueve meses, respondió la reina.

Richard se puso á escribir, y despues de las notas y fórmulas pecuuiars á la operacion, dijo:

—Bien, ya está corriente.

—Y á dónde llevamos á la prisionera? preguntó el jefe de la escolta.

Richard sacó su caja, tomó un polvo y miró á su mujer.

—El caso es, dijo este, que como no estábamos prevenidos no sabemos donde colocarla.

—Toma, no nos acostaremos, pues como dice muy bien el ciudadano gendarme, una noche se pasa pronto.

—Pues buscad, dijo el comandante.

—En la cámara del consejo, dijo la mujer.

—Es muy grande, contestó Richard.

—Tanto mejor; asi se podrán poner centinelas.

—Sea la cámara del consejo, dijo Richard; pero es el caso que está inhabitable por ahora, pues no tiene cama.

—Es verdad, dijo la mujer; no habia pensado en ello.

—Bah! replicó uno de los gendarmes, mañana se le pondrá una cama; no falta

tanto de aquí á mañana.

—Ademas, la prisionera puede pasar esta noche en nuestra habitacion, no es verdad? dijo el conserje á su mujer.

—Y nosotros?

—Entretanto hacedme el recibo.

=Corriente.

Tomó la mujer de Richard una vela encendida que habia sobre la mesa, y echó á andar.

Siguióla Antonieta sin decir una palabra, pálida y tranquila como siempre, cerrando la marcha dos carceleros. Puso la mujer del conserje sábanas limpias en la cama; situáronse los carceleros en la parte exterior, y se cerró la puerta quedando sola Maria Antonieta.

Nadie sabe como pasó aquella noche, porque no tuvo mas testigos que Dios.

Al dia siguiente fué conducida á la cámara del consejo, pieza cuadrilátera, cuya entrada daba á un corredor de la Conserjeria, y que se habia cortado en toda su estension con un biombo que no llegaba al techo.

Una de las dos divisiones estaba destinada para la guardia, y la otra era la habitacion de la reina.

Una reja con espesos barrotes de hierro daba luz á aquella parte del edificio. Una

mampara que habia sustituido á una puerta aislada á la reina de sus guardias cerrando la abertura de enmedio.

El pavimento era de ladrillos, y de la pared pendian unos pedazos de papel flor-delisado que las decoró en otro tiempo.

Todo el mueblage de la habitacion real estaba reducido á una cama puesta frente á las ventanas y una silla.

Cuando entró la reina pidió que la llevarsen sus libros y su labor.

En efecto, lleváronle la Revolucion de Inglaterra, que habia empezado á leer en el Temple, los viages del jóven Anacarsis y su bordado.

Los gendarmes se instalaron en la pieza inmediata: la historia ha conservado sus nombres, como sucede siempre con los seres mas infimos que se asocian á las grandes catástrofes, y que ven reflejar sobre ellos mismos un fragmento de esa luz que despide el rayo al romper, ora los tronos de los reyes, ora á los mismos reyes. Llamábanse Duchesne y Gilberto.

El comun habia designado aquellos dos hombres, conocidos como buenos patriotas, para que permanecieran de centinelas de vista hasta que se fallára el proceso de Maria Antonieta. De este modo se pensaba evitar las irregularidades casi indispensables del ser-

vicio, que variaba muchas veces al dia, y se imponia á los vigilantes una responsabilidad terrible.

La reina supo desde aquel mismo dia, por la conversacion que oyó á sus guardianes, la medida que se habia adoptado, y sintió pesar y alegria á la vez, porque si por una parte aquellos hombres debian ser muy seguros cuando los habia designado el ayuntamiento entre tantos otros, reflexionaba por otro lado que tal vez podrian encontrar sus amigos de este modo mas medios de corromper á dos vigilantes fijos que á cien desconocidos designados por la suerte, y que no estaban cerca de ella mas que un solo dia.

Uno de los gendarmes fumó la primera noche antes de acostarse, segun acostumbraba, y entrando el humo por las rendijas del biombo, se puso la reina enferma, en términos de sentir grandes náuseas y dolores fuertes de cabeza; pero fiel á su sistema de indomable altivéz, no espresó la menor queja.

En tanto que velaba con aquel insomnio penoso que produce el dolor, creyó oír en el silencio de la noche como un gemido que venia de fuera; era un gemido lúgubre y prolongado como el zumbido que produce la tempestad cuando brama en los corredores desiertos.

Aplicando mas el oido, conoció que aquel grito que tanto la habia asustado era el ahu-

llido de un perro, y al momento se acordó de su pobre Blak, en quien no habia pensado desde que la sacaron del Temple, y á quien creyó conocer por el ladrido. Efectivamente, el pobre animal, que por demasiada vigilancia habia perdido á su ama, la habia seguido sin que nadie le viese hasta las rejas de la Consergeria, y si alli se habia separado de ella fué porque estuvo á punto de ser despedazado al cerrarse la pesada reja de hierro.

Pero no tardó en volver el pobre animal, y comprendiendo que su ama estaba encerrada en aquel gran sepulcro de piedra, la llamaba ahullando y esperaba á diez pasos del centinela la caricia de una respuesta.

La reina contestó con un suspiro, que llamó la atencion de sus carceleros; pero como no siguió á este suspiro ningun ruido en la habitacion de Maria Antonieta, tranquilizáronse pronto los gendarmes y volvieron á quedarse dormidos.

Al dia siguiente al amanecer estaba ya la reina levantada y vestida.

Sentada cerca de la ventana por donde penetraba la luz y descendia azulada hasta sus escarnadas manos, leia en la apariencia pero su pensamiento estaba muy distante del oro.

Abrió el gendarme Gilberto el biombo para

verla, pero la reina permaneci6 impasible á pesar de haber oido el ruido.

Gilberto hizo señas á su camarada de que se aproximase á verla por la abertura, y le dijo, despues de haber estado ambos mirando largo rato:

—¡Qué pálida está! Segun lo encarnados que tiene los ojos, nadie dirá sino que ha estado llorando.

—Bien sabes, contestó Duchesne, que la viuda Capeto no llora nunca; es demasiado orgullosa para llorar.

—Pues entonces está enferma, dijo Gilberto.

—Alzando despues la voz, prosiguió diciendo.

—Estás mala, ciudadana Capeto?

Alzó la reina lentamente sus ojos, y fijándolos en su interlocutor, respondió con voz llena de dulzura, porque habia creido notar cierto interés en el tono conque se le dirigia la pregunta.

—Es á mi á quien hablais, señores?

—Si ciudadana, á ti, contestó Gilberto, te preguntamos si estas enferma.

—Por qué dices eso?

—Porque teneis los ojos muy encarnados.

—Y ademas añadió Duchesne, porque estais muy pálida.

=Gracias, señores, no estoy enferma; pero he sufrido mucho esta noche.

=Sí, tus pesares...

=No, señores; como mis pesares son siempre los mismos y la religion me ha enseñado á deponerlos al pié de la cruz, no me hacen sufrir mas un dia que otro; estoy enferma porque no he dormido esta noche.

—Sin duda estrañais la habitacion y la cama, dijo Duchesne.

—Verdad es que este alojamiento no es muy bueno, prosiguió Gilberto.

=Nada de eso, contestó la reina; me es indiferente que mi habitacion sea esta ú otra.

—Pues entonces qué es?

—Si, qué es?

=Perdonad si soy bastante franca; lo que me ha incomodado ha sido ese olor de tabaco que el señor exala todavia en este momento.

En efecto. Gilberto fumaba, lo cual era por otra parte su ocupacion mas habitual.

=Por qué no me lo has dicho, ciudadana? dijo este conmovido por la dulzura con que le hablaba la reina.

—Porque no me creia autorizada á molestaros en vuestras costumbres.

—Pues por mi parte te aseguro que no te volveré á incomodar por esta causa, por-

que no fumaré mas; y tiró la pipa.

Marchóse cerrando el biombo, y llevándose detras a su compañero: le dijo:

—Tal vez pierda la vida, si asi lo decreta la Convencion; pero nosotros que somos soldados y no verdugos como Simon, no debemos hacerla sufrir.

—Compañero, repuso Duchesne, es un poco aristocrático lo que haces.

—Vamos, qué llamas tú aristocrático?

—Toma, yo llamo aristocrático todo lo que veja á la nacion y complace á sus enemigos.

—Es decir, que segun tú, soy aristocrata y vejo á la nacion porque no sigo abumando á la vinda Capeto. Mira, lo que yo he prometido es observar mi consigna, que es: No dejar escapar á la prisionera, no permitir que nadie entze donde esté, impedir toda correspondencia, y morir en mi puesto. Esto es lo que he ofrecido, y lo cumpliré. Viva la nacion!

—Lo que yo digo no es para que te incomodes; únicamente sentiria que te comprometieses.

—Calla que llega gente.

La reina no habia perdido una palabra de aquella conversacion, aunque habia pasado en voz baja, porque el cautiverio aguzaba los sentidos.

El ruido que había atraído la atención de los gendarmes eran los pasos de muchas personas que se aproximaban á la puerta.

Abrióse esta, y entraron el conserje, dos municipales, y algunos carceleros.

=Y la prisionera? preguntaron.

- En su habitacion, respondieron los gendarmes.

-Cómo está alojada?

-Miradlo.

Y llamó en el biombo.

=Qué quereis? preguntó la reina.

=Es la visita del Común, ciudadana Capeto.

-Este hombre es bueno, dijo para si Maria Antonieta, y si mis amigos quieren...

-Está bien, está bien, dijeron los municipales separando á Gilberto y entrando en la habitacion de la reina; no hay necesidad de tantas ceremonias.

La reina no levantó la cabeza, y por su impassibilidad se hubiera podido creer que no había visto ni oído nada de lo que acababa de pasar, y que creía hallarse todavía sola.

Los delegados del Común examinaron todos los rincones de la habitacion, escudriñaron las paredes, la cama, las barras de la ventana que daba al pátio de las muje-

res, y despues de encargar la mayor vigilancia á los gendarmes, salieron sin haber dirigido la palabra á Maria Antonieta y sin apereibirse esta al parecer de su presencia.

CAPITULO VII.

La sala de los Pasos Perdidos.

Al terminar el dia en que hemos visto á los municipales visitar con tanta prodigalidad la prision de la reina, se paseaba por la gran sala, llamada filosóficamente de los Pasos-Perdidos un hombre vestido con una carmañola gris, y cuya cabeza poblada de cabellos negros, tan espesos y tan fuertes como la crin de un caballo, cubria una de esas gorras de piel que distinguian entonces entre el pueblo á los patriotas exaltados. Paseábase, como hemos dicho, aquel hombre con cierto aire de solemnidad, mirando con la mayor atencion á todos los curiosos que de ordinario llenaban aquella sala en una época en que na-

die litigaba mas que para disputar su cabeza á los verdugos y á su proveedor infatigable, el ciudadano Fonquier-Tinville.

Imponente por demas era la actitud que habia tomado el hombre cuyo retrato acabamos de bosquejar. Recuerde el lector que en aquella época estaba dividida la sociedad en dos clases: en lobos y en corderos; los unos debian naturalmente infundir miedo á los otros, puesto que la mitad de la sociedad devoraba á la otra mitad.

Nuestro feroz paseante era de baja estatura, y blandia con una mano sucia y negra uno de esos garrotes llamados constituciones; verdad es que la mano que manejaba aquella arma terrible hubiera parecido muy pequeña á cualquiera que se hubiese entretenido en hacer respecto de aquel extraño personage el papel de inquisidor, que él se habia abrogado respecto de los demas, pero nadie se hubiera atrevido á fiscalizar á hombre de aspecto tan terrible.

En efecto, el hombre de garrote principiaba á escitar cierta grave inquietud en algunos grupos de memorialistas que disertaban sobre la cosa pública, que iba de mal en peor, ó de mejor en mejor, segun se examinára la cuestion bajo el punto de vista conservador ó revolucionario. Aquellas buenas gentes examinaban á hurtadillas su larga bar-

ba negra, sus ojos verdosos sepultados entre cejas ásperas y pobladas como brochias, y se estremecian cada vez que el formidable patriota se aproximaba á ellos en su paseo, que abarcaba la sala de los Pasos-Perdidos en toda su longitud.

Procedia principalmente este terror de que siempre que se habian atrevido á acercarse á él, y aun á mirarle con demasiada atencion, habia hecho resonar sobre las baldosas su arma pesada, arrancando á las piedras sobre que caia un ruido á veces sordo y hueco y otras sonoro y vibrante. Empero no eran solamente los curiales de que hemos hablado, y que se designaban generalmente con el nombre de ratones del palacio, los que espermentaban aquella terrible impresion, sino tambien los diferentes individuos que entraban en la sala de los pasos-Perdidos por su ancha puerta ó por alguno de sus estrechos boquetes, y que pasaban con precipitacion al ver al hombre del garrote, el cual continuaba su paseo de uno á otro extremo de la sala, hallando á cada instante un pretesto para hacer resonar su baston en el suelo.

Si los curiales hubiesen tenido menos miedo y los paseantes hubieran fijado la atencion, habrian observado sin duda que nuestro patriota, caprichoso como todas las na-

turalezas escénticas ó estremadas, daba la preferencia á ciertas y determinadas baldosas, tales como las que situadas á poca distancia de la pared de la derecha, y casi en medio de la sala, producian los sonidos mas puros y vibrantes.

Por último, terminó por concentrar toda su furia solo sobre algunas losas, principalmente del centro. Hasta se olvidó de sí mismo un momento y de su aire feroz como para medir con la vista una distancia; pero al momento volvió á su primer estado.

Casi al mismo tiempo, otro patriota (en aquella época cada uno llevaba la opinion escrita en la frente, ó por mejor decir en el vestido,) casi al mismo tiempo, decimos, entraba otro patriota por la puerta de la galeria, y sin participar del terror que inspiraba el primero, se puso tambien á pasear, con un paso casi igual al suyo, de suerte que se encontraron los dos á la mitad de la sala.

El recién llegado llevaba puesta, como el otro, una gorra de piel, una carmañola gris, tenia las manos sucias, y un baston; llevaba ademas un sable, en lo que aventajaba á su compañero. Pero lo que le hacia mas temible era cierto aire falso, odioso y grosero.

A la primera vuelta se contentaron los dos

patriotas con cambiar una mirada que hizo palidecer ligeramente al primero, notándose en el movimiento involuntario de sus labios que aquella palidez era ocasionada, no por un sentimiento de miedo, sino de disgusto.

Sin embargo, á la segunda vuelta, como si el primer patriota hubiese hecho un violento esfuerzo sobre sí mismo, asomó á sus labios cierta sonrisa, é inclinó su paseo á la izquierda con el objeto evidente de detener á su compañero en el suyo.

Casi al llegar al centro se encontraron.

—Pardiez! dijo el primer patriota; es el ciudadano Simon.

—El mismo! pero qué quieres al ciudadano Simon? Y ante todas cosas quién eres tú?

—Hazte el desconocido!

—No te conozco, por la sencilla razon de que no te he visto nunca.

—Pues qué, no conoces al que tuvo el honor de llevar la cabeza de la Lamballe?

—Fuiste tú? dijo Simon estremeciéndose al oír el tono de furor con que fueron pronunciadas aquellas palabras.

—Toma! qué tiene eso de extraño? Siento mucho que conozcas tan poco á tus amigos.

—Lo que hiciste está muy bien dicho, dijo Simon; pero no te conocia.

—Quiere decir que es mejor guardar al niño Capeto, pues de ese modo está uno mas en evidencia, y por eso te conozco y te estimo.

=Gracias.....

—No hay de que... Parece que has venido aqui á pasearte.

—Conque has venido á dar un paseo?

—Si, espero á cierta persona; y tú?

=Yo tambien.

=Cómo te llamas? Porque quiero hablar de ti en el club.

—Me llamo Teodoro.

—Qué mas?

—Nada mas; no te basta el nombre?

=Si por cierto. Y á quién espera, ciudadano Teodoro?

=A un amigo para hacerle una denuncia.

—De qué género?

=De una camada de aristócratas.

—Cómo se llaman?

—No puedo decirlo mas que á mi amigo.

—Mira, aqui llega un ciudadano, que lo es mio, que es demasiado práctico en la materia, y podrá servirte á las mil maravillas en tu asunto.

=Fouquier-Tinville! exclamó el primer patriota.

—El mismo. Buenos dias, ciudadano Fouquier.

Fouquier-Tinville, pálido é impasible, acababa de llegar á la sala con el registro en la mano y los expedientes debajo del brazo.

—Buenos días, Simon; qué hay de nuevo?

—Muchas cosas. En primer lugar una denuncia del ciudadano Teodoro que llevó la cabeza de la Lamballe. Te lo presento.

Fouquier fijó su escrutadora y penetrante mirada en el patriota, á quien turbó un momento aquel exámen, á pesar de la serenidad de su carácter.

—Teodoro! dijo quién es Teodoro?

—Yo, dijo el hombre de la carmañola.

—Y erestu quien llevaste la cabeza de la Lamballe? dijo el acusador con una expresión muy pronunciada de duda.

—Yo, calle de san Antonio.

—Conozco á uno que se vanagloria de ello, contestó Fouquier.

—Y yo conozco diez; pero como todos ellos te pedirán algo y yo no te pido nada espero que me des la preferencia.

Esta ocurrencia hizo reir á Simon y desarrugó el ceño de Fouquier.

—Tienes razon, y si no lo has hecho, eres muy capaz de hacerlo. Déjanos ciudadano, porque simon tiene algo que decirme.

Teodoro se separó un poco incomodado de la franqueza del acusador público.

—No le despidas asi, dijo Simon, porque

tiene que hacer una denuncia.

—Hola, una denuncia! dijo Fouquier con aire distraído

—Si, una camada de aristócratas, añadió Simon.

—Me alegro: vamos, de quien se trata?

—De quién? del ciudadano Casa Roja y de algunos amigos.

Fouquier dió un salto hácia a rás, y Simon levantó los brazos al cielo.

—De veras? exclamaron.

—De veras. Quereis cogerlos?

—Ahora mismo; dónde están?

—Acabo de encontrar á Casa Roja en la calle de la Grande-Truanderie.

—Te engañas, replicó Fouquier; no está en Paris.

—Cuando te digo que le he visto. . .

—Imposible: andan persiguiéndole mas de cien hombres, y no es creible que se presente en las calles.

—Pues es él, mismo, respondió el patriota, un hombre alto moreno, robusto y tan barbudo como un oso.

—Otra necedad, dijo Fouquier con aire desdeñoso: Casa Roja es pequeño, delgado, y no tiene pelo de barba.

El patriota dejó caer sus brazos con aire abatido.

—No importa, un buen deseo vale tanto

como una buena accion. Veamos, Simon, concluye, porque me esperan en la escribania, y ha llegado la hora de las carretas.

=No hay nada nuevo, el niño sigue bien.

El patriota volvió la espalda, como aparentando que no queria ser indiscreto; pero en realidad para escuchar sin inspirar sospechas.

=Me marchó, dijo, puesto que os incomodo.

—Adios, dijo Simon.

=Buenos dias, añadió Fouquier.

—Dí á tu amigo, prosiguió Simon, que te has engañado.

—Pues le voy á esperar.

Y separándose un poco Teodoro, se apoyó en su garrote.

—Conque el niño sigue bien? dijo Fouquier, pero y la parte moral?

=Hago de él lo que quiero.

—Y habla?

—Cuando se me antoja?

—Creo que ya podria ser testigo en el proceso de Antonieta.

=No solo lo creo, sino que estoy seguro de ello.

Teodoro se apoyó en el pilar con los ojos fijos en la puerta; pero aquella mirada era vaga, y sus orejas salian fuera del gorro, como si no quisiese perder una palabra de la conversacion.

—Reflexiónalo bien, dijo Fouquier, no vayas á hacer que la Convencion dé un paso en vago: estás seguro de que hablará Capeto?

—Dirá todo lo que yo quiera que diga.

—Le has dicho lo que le ibamos á preguntar?

—Si por cierto.

—Pues importa mucho, ciudadano Simon, que cumplas lo que prometes. La declaracion del hijo será mortal para su madre.

—Ya contaba yo con eso.

—No se habrá visto cosa parecida desde las confidencias que tenia Neron con Narciso, murmuró Fouquier con voz sombría; reflexiónalo bien, Simon.

—No parece sino que me tomas por un bruto, pues me repites siempre la misma cosa. Escucha esta comparacion: se pone flexible un cuero cuando se mete en el agua?

—No sé, replicó Fouquier.

—Pues yo sé que se pone flexible. Ahora bien; el niño Capeto es tan suave y tan flexible en mis manos, como el cuero mas blando. Para eso me valgo de cierto método que no me ha salido mal hasta ahora.

—Y es esto todo lo que querias decirme?

—Todo. Ahí se me olvidaba tengo que hacer una denuncia.

—Siempre lo mismo! Quiéres hacerme trabajar hasta matarme?

—Es preciso servir á la pátria.

Simon presentó un papel tan negro como uno de los cueros de que acababa de hablar: tomóle Fouquier, y despues de haberle leído, dijo:

—Otra vez el ciudadano Lorin? Es preciso que aborrezca mucho á ese hombre.

—No; es que le encuentro siempre en hostilidad abierta con la ley. Nada menos que anoche ha dicho á una mujer que estaba asomada á una ventana: «adios señora.» Tambien espero darte mañana algunas noticias sobre otro sospechoso, sobre aquel Mauricio Lindey que era municipal en el Temple cuando el clavel encarnado.

—Vamos, acaba, dijo Fouquier sonriendo á Simon, le dió la mano y le volvió la espalda con una precipitacion poco favorable para el zapatero.

—Por qué diablos quieres que acabe? A otros se les ha guillotinado con menos motivo.

—Ten paciencia, no se puede hacer todo á un tiempo.

Y entró en la porteria de la cárcel. Si-

mon buscó con la vista al ciudadano Teodoro para consolarse con él, pero no le encontró en la sala.

No bien salia por la puerta del Oeste, cuando volvió à presentarse Teodoro en la esquina de un cajon de memorialista acompañado de su dueño.

—A qué hora se cierran las puertas? preguntó Teodoro á aquel hombre.

—A las cinco.

—Y qué se hace despues?

—Nada, la sala queda vacia hasta la mañana siguiente.

—No entran rondas ni visitas?

—No, señor; nuestros cajones quedan cerrados con llave.

La palabra señor hizo fruncir el ceño á Teodoro quien miró con desconfianza en torno suyo.

—Están ahí la barra y las pistolas?

—Si, bajo la estera.

—Pues vuélvete á casa. A propósito: enseñame la cámara de este tribunal, cuya ventana no tiene reja y dá á un pátio cerca de la plaza Dellina.

—A la izquierda, entre los pilares y debajo del farol.

—Bien, vete, y ten los caballos en el sitio designado.

Buena suerte, señor, contad siempre conmigo.

—Ahora que nadie nos ve es el momento oportuno. Abre tu cajón.

—Ya está; rogaré á Dios por vos.

—No es por mí por quien debes rogar.

Y despues de dirigir una mirada elocuente el ciudadano Teodoro, se deslizó con tanta destreza por debajo de la pequeña cornisa del cajón, que desapareció como si hubiese sido la misma sombra del escribiente que cerraba la puerta. Guardóse este la llave, tomó los papeles bajo el brazo y salió del salon con los pocos empleados que salian á las cinco como una retaguardia de abejas rezagadas.

CAPITULO VIII.

Elciudadano Teodoro.

La noche habia envuelto con su negro manto la inmensa sala donde con tanta frecuencia resonaban las palabras de los

abogados y querellantes. De trecho en trecho, en medio de la oscuridad, una columna blanca, derecha é inmóvil parecía velar en medio de la sala como un fantasma protector de aquel lugar sagrado.

El único ruido que se escuchaba en aquella oscuridad era el que formaban los ratones al roer los papeles encerrados en los cajones de los curiales. Oíase también de vez en cuando el ruido de un coche que penetraba en aquel santuario de Temis, como diría un académico, y vagos chirridos de llaves que parecían salir debajo de tierra: pero todo este rumor era lejano, y nada hace resaltar más el silencio como un ruido distante, del mismo modo que nada hace resaltar más la oscuridad como una luz lejana.

De seguro habría sentido un vértigo de terror cualquiera que hubiese osado entrar en aquella hora en la vasta sala del palacio, cuyas paredes interiores estaban aun teñidas con la sangre de las víctimas de setiembre, por cuyas escaleras habían bajado aquel día veinte y cinco condenados á muerte, y cuyas baldosas estaban solamente separadas por unos cuantos pies de espesor de los calabozos de la Conserjería poblados de esqueletos blancos.

Sin embargo, en medio de aquella noche horrorosa, en medio de aquel silencio casi

solemne, se oyó un dévil chirrido; abrióse la puerta de uno de los cajones de los curiales, y salió de él con precaucion una sombra mas negra que la noche.

Entonces aquel rabioso patriota á quien en voz baja llamaban señor y en voz alta Teodoro, tocó ligeramente con el pie las sonoras baldosas. En la mano derecha llevaba una pesada barra de hierro, y con la izquierda sostenia en una cintura una pistola de dos cañenes.

—He contado doce baldosas desde el cajon, dijo para si: este es el fin de la primera. Y mientras asi calculaba, sondeaba con la punta del pie la endidura que generalmente hay entre piedra y piedra, y que el tiempo se encarga de hacer poco á poco mas visible y profunda.

—Dios mio! prosiguió, habré tomado bien mis medidas? Seré bastante fuerte? Tendrá ella suficiente valor? Oh! si, conozco su grandeza de alma. Ah! cuando la coja de la mano y la diga: «señora, ya estais en salvo!»

Y se detuvo en su monólogo como abrumado bajo el peso de semejante esperanza.

—Oh! replicó, proyecto temerario, insensato! dirán los demas que se contentarán con ir á rondar vestidos de lacayos las intermediaciones de la Consergeria; porque no tienen los motivos que yo para arrostrar de

frente la empresa; porque no solo quiero salvar á la reina, sino mas principalmente á la mujer. Ea, manos á la obra, y recapitulemos. Levantar la losa no supone nada; dejarla abierta, ya es otra cosa: ahí está el peligro, porque puede venir una ronda, y entonces... Pero por aquí no vienen nunca rondas. No hay que sospechar, porque yo no tengo cómplices: además, necesito poco tiempo para llevar á cabo mi operacion: en tres minutos estoy bajo su habitacion; en otros cinco levanto la piedra que sirve de fogon á su chimenea; ella me oirá trabajar; pero tiene valor y no se asustará, sino que conocerá que se aproxima su libertador. La guardan dos hombres!... Pues bien, no son mas que dos hombres, un tiro doble de esta pistola ó dos golpes con esta barra... Pobres gentes! Pero otros han muerto menos culpables que ellos. Adelante.

Y el ciudadano Teodoro apoyó resueltamente su barra en la juntura de las dos losas.

En aquel momento brilló una luz, y cierto ruido, repetido por el eco de la bóveda, hizo volver la cabeza al conspirador, que de un solo brinco fué á ocultarse detras del cajon. Pronto las voces, debilitadas por la distancia y por la emocion que todos los

hombres sienten durante la noche en un edificio vasto y solitario, llegaron clara y distintamente á los oídos de Teodoro. Agachóse, y por una abertura del cajon vió primeramente á un hombre vestido de militar, cuyo desmesurado sable resonaba en las baldosas, despues á un hombre con una regla en la mano y un rollo de papel debajo de su brazo, detras otro con un vestido tosco y una gorra de piel, y por último, otro con zuecos y carmañola.

Abrióse la reja de los Merceros y entraron los cuatro hombres.

—Una ronda! murmuró Teodoro; bendito sea Dios, porque diez minutos despues estaba perdido.

En seguida trató de reconocer á las personas que habian entrado, y efectivamente conoció á tres. El que iba á la cabeza era Santerre, el del gorro de piel el conserje Richard y el de la carmañola probablemente un carcelero; pero no pudo conocer al que llevaba la regla y los papeles, ni menos darse cuenta de lo que pudieran venir á hacer todos estos hombres á la sala de los Pasos Perdidos.

El ciudadano Teodoro se apoyó en una rodilla teniendo en una mano la pistola montada y arreglándose con la otra sus cabe-

llos, que con el movimiento precipitado que acababa de hacer se le habian desordenado.

Habia entonces habian guardado silencio los cuatro visitantes nocturnos; pero al llegar á diez pasos del cajon habló Santerre, y su voz llegó distintamente al ciudadano Teodoro.

—Vamos, dijo, ya estamos en la sala de los Pasos Perdidos. Ahora eres tú quien debes guiarnos, ciudadano arquitecto, y cuidado con que tu revelacion sea una mentira, porque la revolucion ha sabido hacer justicia hasta ahora como se merecen á todas esas paparruchas, y nosotros no creemos mas en los subterráneos que en los duendes.

—Qué dices á esto, ciudadano Richard? añadió Santerre dirigiéndose al del gorro de pieles.

—Yo no he dicho que no haya subterráneos en la Consergeria; lo que he dicho es que no tengo noticias de él, ni el ciudadano Graco, [que es carcelero hace diez años, y que por consiguiente [conoce tan bien la Consergeria como su bolsillo; pero ya que está aqui el ciudadano Giraud, que es arquitecto de la ciudad, él dara mejor razon que nosotros, puesto que este es su oficio.

Teodoro se estremeció al oír [tales palabras.

—Felizmente, dijo para si, es grande la sala, y han de tardar en registrarla lo menos dos dias.

Pero el arquitecto abrió el rollo de papeles que tenia debajo del brazo, púsose de rodillas, calóse los anteojos, y á la trémula luz de la linterna que llevaba Graco se puso á examinar el plano que llevaba trazado.

—Macho me temo, dijo Santerre, que haya soñado el ciudadano Giraud.

—Ahora lo verás, ciudadano general; presta atencion.

—Ya la prestamos.

—Bien, repitió el arquitecto.

Calculando despues añadió:

—Doce y cuatro son diez y seis, y ocho veinte y cuatro, que divididos por seis dan cuatro: ahora me resta una mitad.... esto es: he encontrado el lugar en que está el subterráneo, y si me equivoco en un pie, os autorizo para que me llameis ignorante y todo lo que querais.

El arquitecto pronunció estas palabras con tal seguridad, que heló de terror al ciudadano Teodoro.

Santerre miraba el plano con una especie de respeto y admiracion que hacia honor á su ignorancia.

—Atiende bien á lo que voy á decirte,

y mira, le dijo el arquitecto.

—Donde? preguntó Santerre.

—En este plano. Escucha: A trece pies de la pared hay una losa movable que he marcado con la letra A la ves?

—Si, veo una A crees tú que no sé leer?

—Bajo esta losa hay una escalera, continuó el arquitecto: la ves marcada con la letra B.

—Si, veo la B; pero no la escalera.

Y el general se echó á reir.

—Una vez levantada la losa, y estando en el último escalon, contad cincuenta pasos de á tres pies, y os hallareis debajo de la alcaidia, que es donde desemboca el subterráneo, pasando por debajo del calabozo de la reina.

—La viuda Capeto querrás decir, replicó Santerre frunciendo el ceño.

—Sí, de la viuda Capeto.

—Es que habias dicho de la reina.

—Es una costumbre antigua.

—Y dices que se encontrará debajo de la alcaidia? preguntó Richard.

—No solo te digo que está debajo, sino hasta el lugar á que corresponde: es debajo de la chimenea.

—Tiene razon, dijo Graco, siempre que he dejado caer en aquel sitio algun leño ha sonado á huecco la piedra.

—Pues si encontramos lo que dices, no podré menos de confesar que la geometría es una cosa excelente.

—Pues ya puedes ir confesándolo, porque te voy á llevar al sitio señalado con la letra A.

El ciudadano Teodoro apretaba los puños de r bia al oir aquellas palabras.

—Cuando la vea lo creer , dijo Santerre; yo soy como Santo Tomás.

—Hola! has dicho Santo Tomás.

—S , por hábito como tú has dicho reina; pero no se me acusará de conspirar en favor de Santo Tomás.

—Ni   mi en favor de la reina.

El arquitecto cogió su regla, y despues de haber medido las losas desde la pared, se par  en una dando en ella una patada.

Cabalmente era la misma losa que habia golpeado el ciudadano Teodoro en sus ademanes de cólera.

—Aquí es, ciudadano, dijo el arquitecto.

—Lo crees así, ciudadano Giraud?

—Estoy seguro, y vuestro informe, unido á mi relacion, probar    la Convencion que no me engañaba. S , ciudadano general, continuó el arquitecto con énfasis; esta losa es la boca de un subterráneo que, pasando por debajo del calabozo de la viuda Capeto, desemboca en la alcaldia. Le-

vantemos la losa, bajad conmigo al subterráneo, y os probaré que dos hombres, y hasta uno solo, podría robar la presa esta noche sin que nadie se apercibiera de ello.

Un murmullo de terror y admiración, arrancado por las palabras del arquitecto, recorrió todo el grupo y vino á morir en el oído de Teodoro, que parecia convertido en una estatua.

—Este es el peligro que corriamos, prosiguió Giraud. Pues bien, ahora con una raja que ponga en el conducto del subterráneo que le corte por su mitad antes de llegar al calabozo de la viuda Capeto, habré salvado la pátria.

—Ciudadano Giraud, dijo Santerre, has tenido una idea sublime.

—Confúndate el infierno, dijo para sí el patriota con un furor concentrado y rechinando los dientes.

—Ahora levanta la losa, dijo Giraud á Graco, quien, además de su linterna, llevaba una barra de hierro.

Púsose á la obra el ciudadano Graco, y en un momento levantó la losa.

—Entonces apareció un oscuro subterráneo con una escalera que se perdía en sus profundidades, saliendo de él una bocanada de aire húmedo y espeso como un vapor.

—Otra tentativa abortada! murmuró el ciu-

dadano Teodoro. El cielo no quiere permitir que se escape! No parece sino que es esta una causa maldita.

CAPITULO IX.

El ciudadano Graco.

Los tres hombres permanecieron un momento inmóviles á la boca del subterráneo, al que asomó el carcelero su linterna, pero sin alumbrar sus profundidades.

El arquitecto, triunfante, dominaba á sus tres compañeros desde toda la altura de su ingenio.

—Que decis ahora? dijo despues de un momento.

—Que es incontestable, que hay un subterráneo, contestó Santerre; falta ahora saber adonde conduce.

—Si, repitió Richard, esto es lo que falta saber.

—Pues bien, baja tú, ciudadano Richard y desengañate por ti mismo de si digo la verdad.

—Mejor que entrar, vamos á hacer otra cosa.

—Volvámonos á la Consergeria, alli levantará la estufa, y veremos que hay.

—Vamos allá, dijo Santerre.

—Cuidado! dijo el arquitecto: la losa queda levantada, y cualquiera que la viese podría concebir la idea de...

—Quién diablos quieres que venga aqui á esta hora? dijo Santerre.

—Ademas, esta sala está desierta, y bastará dejar á Graco de guardia. Quédate aqui, Graco, que ya vendremos á reunirnos contigo por la otra parte del subterráneo, dijo Richard.

—Corriente, dijo Graco.

—Estás armado? le preguntó Santerre.

—Tengo mi sable y esta barra.

—Pfectamente, haz un buen guardian, que dentro de diez minutos estamos aqui contigo.

Y despues de haber cerrado la reja se fueron por la galeria de los Merceros á buscar la entrada particular de la Consergeria.

El carcelero los habia visto alejarse y

los habia escuchado todo el tiempo que pudo: luego que desaparecieron, puso su linterna en el suelo, sentóse con las piernas colgando dentro del subterráneo, y se puso á reflexionar.

En medio de su meditacion sintió una mano de plomo en su hombro.

Volvió la cabeza, y al ver una figura desconocida, quiso gritar; pero en el instante mismo sintió la boca de una pistola en su frente.

Anudósele la voz en la garganta, cayeron inertes sus brazos, y sus ojos tomaron una espresion suplicante.

—Silencio, dijo el recién llegado, ó eres muerto.

—Qué quereis, señor? balbuceó el carcelero.

Tambien habia en el año 93 momentos en que no se tuteaba, y en que se olvidaba la palabra ciudadano.

—Quiero, respondió Teodoro, que me dejes entrar.

—Para qué?

—Qué te importa?

El carcelero miró con el mas profundo asombro á su interlocutor: sin embargo; este creyó notar un fondo de inteligencia en aquella mirada, y bajó su arma.

—Rehusaràz hacer tu fortuna?

—No lo sé, porque nadie me ha hecho proposiciones sobre el particular.

—Pues bien, yo seré el primero.

—Vos me ofreceis hacer mi fortuna?

—Si.

—Qué entendéis vos por una fortuna?

—Cincuenta mil libras de oro, por ejemplo hoy que anda tan escaso el dinero, 50,000 libras valen un millon. Ahora bien, yo te ofrezco las 50,000 libras.

—Por entrar?

—Si; pero con la condicion de que has de venir conmigo y ayudarme en lo que yo quiero hacer.

—Pero qué quereis hacer, cuando dentro de cinco minutos estará el subterráneo lleno de soldados que indudablemente os arrestaràn?

El ciudadano Teodoro conoció todo el peso de aquellas palabras.

—Puedes tu impedir que bajen esos soldados?

—Me es imposible. No se me ocurre ningun medio, contestó el carcelero haciendo esfuerzos inauditos por hallar ese medio que debia valerle cincuenta mil libras.

—Y mañana podremos bajar? preguntó el ciudadano Teodoro.

=Si; pero de aqui á mañana se vá á poner una reja fuerte y sólida en este subterráneo que hará imposible su entrada.

—Entonces es preciso hallar otro arbitrio, dijo el ciudadano Teodoro.

—Si, si, dijo el carcelero, es preciso buscar otro medio; es preciso que pensemos en ello.

Como se vé por la manera colectiva de que se valia el ciudadano Graco para expresarse, se conocia que habia ya alianza entre él y el ciudadano Teodoro.

=Veamos. Qué haces tú en la Consergeria?

—Soy carcelero.

—Es decir....

—Que abro y cierro las puertas.

—Duerme allí?

=Si, señor.

=Y comes?

—No siempre. Tengo mis horas de recreo.

=Y qué haces entonces?

—Toma, las aprovecho para ir á hacer la corte á la tabernera del Pozo-de-Noé, que me ha ofrecido casarse conmigo cuando tenga 1200 francos.

—Dónde está esa taberna?

=Cerca de la calle de Vieille-Draperie.

—Muy bien.

—Silencio; no ois?

—Si, se oyen voces y pasos.

—Ya veis que no tendríamos tiempo.

La palabra «nos» era concluyente.

—Eres un buen muchacho, y te creo predestinado.

—A qué?

—A ser rico.

—Dios os oiga.

—Crees todavía en Dios?

—Hay ocasiones en que es preciso creer en él, tales como hoy.

—Y desde hoy?

—Desde hoy creeré siempre en él.

—Pues bien cree, le dijo el ciudadano Teodoro poniéndole en la mano diez luises.

—Diablo, dijo mirando el oro á la luz de la linterna, pues esto es mas sério de lo que parece.

—No puede ser mas que lo que es.

—Qué debo hacer?

—Ve mañana á la consabida taberna, y allí te diré lo que has de hacer. Como te llamas?

—Graco.

—Pues bien, ciudadano Graco, es preciso que te eche de la Consergeria de aquí á mañana el conserge Richard.

—Echarme!... y mi plaza?

=Pues qué, seguirás siendo carcelero con 30,000 francos en tu bolsillo?

—No, pero siendo carcelero y pobre estoy seguro de no ser guillotinado.

—Seguro?

—Poco menos: al paso que siendo rico y libre...

—Oculta tu dinero, y en vez de hacer el amor à la tabernera, hazlo à una cal-cetera.

=Está convenido.

=Mañana en la taberna.

—A qué hora?

=A las seis de la tarde.

=Volad, que están aqui ya los otros.

—Hasta mañana, repitió Teodoro huyendo tan à tiempo, que ya se aprocsimaba el ruido de los pasos y las voces, y se veia brillar en el subterráneo oscuro la luz de las antorchas que se aprocsimaban.

Entró Teodoro por la puerta que le habia indicado el escribiente, se dirigió à la bentana designada, la abrió y saltò à la calle, pero antes de dejar la sala de los Pasos-Perdidos pudo oir todavia al ciudadano Graco preguntar à Richard y à este contestarle.

—El ciudadano arquitero tenia mucha

razon el subterráneo pasa por debajo de la habitacion de la viuda Capeto, lo cual no deja de ser peligroso.

—Ya lo creo, dijo Graco muy persuadido de que decia una gran verdad.

Santerre apareció en el boquete de la escalera.

—Y tus operarios ciudadano arquitecto? preguntó á Giraud.

—Antes de amanecer estarán aqui y acto continuo se pondrá la reja, respondió una voz que parecia salir de las profundidades de la tierra.

—Y abré salvado la pátria! dijo Santerre en tono burlon y sério.

—Acaso digas mas verdad de lo que presumes, ciudadano general, respondió Graco en voz baja.



CAPITULO X.

El niño real.

Entretanto habia principiado à instruirse el proceso de la reina, como ha podido verse en el capitulo anterior, dejándose ya traslucir que el ódio popular, por tanto tiempo implacable, se hartaria con el sacrificio de aquella ilustre cabeza.

No faltaban medios para derribar aquella cabeza, y sin embargo, Fouquier Tioville habia resuelto no desperdiciar los nuevos medios de acusacion que Simon habia ofrecido prestarle.

Al dia siguiente al en que Simon y él se habian encontrado en la sala de los Pasos Perdidos, un ruido de armas hizo estremecer de nuevo á los prisioneros que continuaban en el Temple.

Estos prisioneros eran Mme. Isabel, Mme.

Real y el niño, que habiéndose llamado magestad en la cuna, no era entonces mas que Luis Capeto.

El general Santerre, con su plumero tricolor, su pesado cabello y su [desmesurado sable, entró seguido de muchos guardias nacionales en el torreón donde el augusto niño se consumía.

Al lado del general iba un escribano de mala facha con un tintero y un legajo de papeles y esgrimiendo una larga pluma: seguíale el acusador público, aquel hombre seco y amarillo que ya conocemos y volveremos á encontrar mas adelante, cuya sangrienta mirada hacia temblar al mismo Santerre, guarrocido como estaba de su arnés de guerra.

Detrás iban algunos guardias nacionales y un subteniente.

Simon, con su gorro de piel de oso en una mano, el tirapié en otra, y [sonriéndose con aire maligno, subió el primero] para enseñar el camino á la comision.

De este modo llegaron á una pieza negra, espaciosa y sin muebles, en el fondo de la cual estaba el pobre niño [sentado en su lecho en el estado de la mas completa inmovilidad.

Cuando le vimos huyendo de la brutal

cólera de Simon, todavía existia en él una especie de vitalidad que se sublevaba contra los indignos tratamientos del zapatero del Temple, entonces huia, gritaba y lloraba: prueba incontestable de que tenia miedo, de que sufría y esperaba.

En el día habia desaparecido el miedo y la esperanza: sin duda existia aun el sufrimiento; pero si existia, el niño mártir lo ocultaba en lo mas profundo de su corazón, y lo ocultaba bajo las apariencias de la mas completa insensibilidad.

Cuando los comisionados se dirigieron á él, ni aun siquiera levantó la cabeza.

Ellos por su parte tomaron sillas y se colocaron donde pudieron; el acusador público á la cabecera del lecho. Simon á los pies y el escribano cerca de la ventana: los guardias nacionales y el subteniente estaban un poco retirados.

Los asistentes, que miraban al prisionero con algun interés ó con curiosidad, no pudieron menos de observar la palidez del niño, su gordura, que no era mas que hinchazon y el encogimiento de rodillas, cuyas articulaciones empezaban á hincharse.

—Este niño está muy malo; dijo el subteniente con una seguridad que hizo volver la cabeza á Fouquier, ya dispuesto á interrogar.

Levantó Luis los ojos, y buscando en la penumbra al que había pronunciado aquellas palabras, reconoció al mismo joven que había impedido á Simon que le castigara en el pátio del Temple.

—Hola, eres tú, ciudadano Lorin! dijo llamando de aquel modo la atención de Fouquier sobre el amigo de Mauricio.

—El mismo, ciudadano Simon, respondió Lorin con calma imperturbable.

Pero como Lorin, aunque siempre dispuesto á hacer frente al peligro, no era hombre que le buscaba inútilmente, se aprovechó de aquella circunstancia para saludar á Fouquier, quien le devolvió el saludo con la mayor política.

—Segun tu opinion, dijo entonces el acusador, parece que el niño está enfermo; eres médico?

—He seguido la carrera de medicina, aunque no soy doctor.

—Y bien, qué encuentras en él?

—Como sintoma de enfermedad?

—Si.

—Le encuentro las mejillas y los ojos hinchados; las manos pálidas y flacas, las rodillas entumecidas, y si le tomase el pulso, estoy seguro de encontrar un movimiento de ochenta y cinco á noventa pulsaciones por minuto.

El niño se mostró insensible al oír la enunciaci3n de sus padecimientos.

—Y á qué puede atribuir la ciencia el estado del prisionero? preguntó el acusador público.

Lorin se rascó la punta de la nariz; y dijo para sí:

Fillis quiere hacerme hablar
Pero yo no tengo ganas.

Después prosiguió en alta voz:

—Yo no conozco el régimen que se ha seguido con el niño Capeto, sin embargo.....

Simon estaba muy atento, y esperaba ver de un momento á otro á su enemigo comprometido.

—Creo que no hace el suficiente ejercicio, prosiguió Lorin.

—Ya lo creo, dijo Simon, como que el tunantuelo no quiere andar.

El niño pareció insensible al apóstrofe del zapatero.

Levantóse Fouquier, se acercó á Lorin y le habló quedo.

Nadie oyó las palabras del acusador público; pero era evidente que eran de suma importancia, porque Lorin contestó:

=Crees tú esto, ciudadano? Es demasiado grave para una madre.

-Ahora vamos á saberlo, contestó Fouquier. Simon dice que se lo ha oido á él mismo, y aun se ha comprometido á obligarle á que lo confiese.

=Seria la cosa mas repugnante del mundo, dijo Lorin; pero al fin es posible; porque la austriaca no está esenta de pecado, y con razon ó sin ella, que en esto no me mezclo... se la ha representado como una Mesalina: pero confieso que me parece muy violento querer presentarla como una Agripina.

-Esto es lo que ha referido Simon, dijo Fouquier impassible.

=No dudo que Simon lo haya dicho, porque hay hombres á quienes no espanta ninguna clase de acusacion, aun la mas imposible... Pero no encuentras, prosiguió Lorin mirando fijamente á Fouquier, tú, que eres un hombre inteligente y probo, que pedir tales pormenores á un niño, sobre lo que las leyes mas naturales y mas sagradas de la naturaleza mandan respetar, es casi insultar á la humanidad entera en la persona de este niño?

=Sin hacer ningun movimiento, el acusador sacó una nota de su bolsillo y se la enseñó á Lorin, diciendo:

—La Convencion me manda informar; lo demas no me importa.

—Tienes razon, y si este niño confesase...:

Y el jóven meneó la cabeza en señal de disgusto.

—Ademas, prosiguió Fouquier, no procedemos por la sola denuncia de Simon; la acusacion es pública; mira.

Y Fouquier sacó otro papel de su bolsillo.

Era un número del periódico titulado el Padre Duchesne que, como se sabe era redactado por Hebert.

La acusacion, en efecto, estaba formulada en debida forma.

—Está escrito é impreso, dijo Lorin: pero no importa: hasta que no oiga yo salir esta acusacion de la boca del niño, es decir, libre y voluntariamente y sin amenazas, hasta entónces...

—Qué?

—Que no lo creeré á pesar de Hebert y de Simon.

Simon acechaba el resultado de esta conversacion; el miserable ignoraba el poder que ejerce sobre el hombre inteligente la mirada que distingue en la multitud; esta mirada ó es un atractivo de simpatia ó una expresion de ódio sùtil. Unas veces es un poder que rechaza, otras una fuerza que atrae,

que hace derivar el pensamiento y la persona misma del hombre hasta ese otro hombre de fuerza igual ó de fuerza superior que reconoce en la multitud; pero Fouquier habia sentido el peso de la mirada de Lorin y queria ser comprendido por este observador.

=El interrogatorio vá á principiar, dijo el acusador público: escribano, toma la pluma.

Acababa este de estender los preliminares de una sumaria, y esperaba, como Simon, como Santerre, en fin, como todos, que terminase el coloquio de Fouquier y Lorin.

Solo el niño parecia completamente extraño á la escena de que era principal actor, y habia vuelto á tomar aquella mirada atónita que habia iluminado por un momento el rayo de una suprema inteligencia.

—Silencio, dijo Santerre; el ciudadano Fouquier vá á interrogar al niño.

=Capeto, dijo el acusador, sabes tú dónde está tu madre?

El niño Luis pasó desde una palidez mortal á un encarnado febril; pero no respondió.

—Me has oido, Capeto? replicó el acusador.

El mismo silencio.

=Oh! bien lo oye, dijo Simon; pero le

sucede lo que á los monos, que no quieren responder de miedo de que los tomen por hombres y los hagan trabajar.

—Responde, Capeto, dijo Santerre; es la comision de la Convencion la que te interroga, y debes obedecer las leyes.

El niño palideció, pero no respondió.

Simon hizo un gesto de rabia: el furor es una embriaguez en las naturalezas brutales y estúpidas, acompañadas de los repugnates sintomas de la embriaguez del vino.

—Quieres responder, lobezno? dijo mostrándole el puño.

—Silencio, Simon, tu no tienes la palabra, le dijo Fouquier, escapándosele esta frase que habia aprendido en el tribunal revolucionario.

—Lo oyes, Simon? dijo Lorin, tu no tienes la palabra; ya es esta la segunda vez que te sucede esto delante de mi: la primera fué cuando acusabas á la hija de Tison, á la que hiciste el favor de que la cortáran la cabeza.

Simon guardó silencio.

—Te queria mucho tu madre? preguntó Fouquier.

El mismo silencio.

—Dicen que no, continuó el acusador.

Pasó entonces por los lábios del niño una sonrisa fugaz pero melancólica.

—Cuando os digo que él me ha dicho que le amaba mucho, dijo Simon.

—Pero qué será, dijo Lorin irónicamente, que este niño, tan atrevido contigo, se calla cuando está delante de gente?

—Si estuviéramos solos! dijo Simon.

—Si estuviérais solos entonces sería otra cosa, pero desgraciadamente no lo estais. Oh! si estuviérais solos, cómo maltratarías al pobre niño! No es verdad, buen Simon, excelente patriota? Pero no estás solo, y no te atreves á ser infame delante de nosotros, hombres honrados, que sabemos que los antiguos, cuyo modelo queremos seguir, respetaban todo lo que era débil; no te atreves porque no estás solo, y no eres nada valiente cuando tienes delante de ti niños de cinco pies y seis pulgadas.

—Ah! murmuró Simon rechinando los dientes.

—Capeto, replicó Fouquier, has hecho alguna revelacion á Simon?

La mirada del niño tomó una espresion de ironia imposible de describir.

—Acerca de tu madre? continuó el acusador público.

—Responde si ó nó, exclamó Santerre.

=Responde que si, ahulló Simon levantando su tirapié sobre el niño.

Estremecióse este; pero no hizo ningun movimiento para evitar el golpe. Al ver esto Lorin no pudo contenerse, y antes que Simon bajase el brazo le detuvo con mano vigorosa.

—Quieres dejarme, bribon? exclamó Simon encendido de rabia.

—Vamos, no és malo que una madre ame á su hijo, prosiguió Fouquier; vaya, Capeto, dinos de qué modo te amaba: esto tal vez la sea útil.

El jóven prisionero se estremeció á la idea de que podria ser útil á su madre, y respondió:

—Me amaba como una madre ama á sus hijos, porque ni las madres tienen dos modos de amarlos; n estos pueden amar mas que de un solo modo á sus madres.

—Y yo sostengo, viborilla, que me has dicho que tu madre...

—Lo habrás soñado, Simon, dijo tranquilamente Lorin; se conoce que tienes pesadillas muy frecuentes.

—Lorin! Lorin! dijo Simon.

—Qué quieres con Lorin? A Lorin no se le zurra; él es quien lo hace cuando las personas con quienes trata son picaras; tampoco tienes medio para denunciarle, porque

lo que he hecho deteniendo tu brazo ha sido delante del general Santerre y del ciudadano Fouquier, quienes lo aprueban; y ya ves que no son moderados. Amigo, no hay medio de hacerme guillotinar como á la hija de Tison: conozco que es un poco fastidioso para ti, y que será capaz de deses- perarte; pero como ha de ser, pobre Si- mon!

=Ya veremos despues, dijo el zapatero con su acento de hiena.

—Si, querido amigo; pero espero con la ayuda del Ser Supremo... Ah! ah! Tu es- perabas que dijese con la ayuda de Dios? Pues no, espero con la ayuda del Ser Su- premo y de mi sable sacarte las tripas an- tes. Entretanto quitate de enmedio que no me dejas ver nada.

=Bergante!...

—Silencio, que me impides oír, dijo Lo- rin, dirigiendo á Simon una mirada ater- radora.

Simon apretaba los puños de rabia.

—Ya que ha principiado á hablar, dijo Santerre, seguirá sin duda; continúa, ciuda- dano Fouquier.

—Quieres responder ahora? preguntó este al niño.

Este permaneció callando.

=Ya lo ves, ciudadano, ya lo ves dijo Simon.

—Es estraña la obstinacion de este niño, dijo Santerre turbado á pesar suyo por aquella firmeza verdaderamente régia.

—Està mal aconsejado, dijo Lorin.

—Por quién? preguntó Santerre.

—Toma, por su patron.

—Conque me acusas! conque me denuncias! exclamó Simon; ah! es singular,

—Veamos si adelantamos algo por la dulzura, dijo Fouquier: y volviéndose entonces hácia el niño, que parecia completamente insensible, añadió:

—Vamos, vamos, niño, responded á la comision nacional; no agraveis vuestra situacion negándoos á dar noticias que pueden ser útiles; habeis hablado al ciudadano Simon de las caricias que os hacia vuestra madre, de la manera con que os hacia estas caricias y de su modo de amaros.

Luis dirigió á la asamblea una mirada desdeñosa, y la fijó en Simon, pero sin contestar.

—Estais descontento? preguntó el acusador; teneis mal alojamiento? comeis mal ú os tratan mal? quereis mas libertad, otra comida, otra prision y otro carcelero? quereis un caballo para pasearos? quereis que os traigan otros niños de vuestra edad, para jugar con ellos?

Luis volvió al profundo silencio que solo

habia roto para defender á su madre.

La comision permaneci6 llena de asombro al ver tanta firmeza y tanto talento increíbles en un niño.

—Qué raza la de estos reyes! dijo Santerre en voz baja: son como los tigres, malos desde pequeños.

—Cómo redactaremos el proceso? preguntó el escribano turbado.

—Encargádoselo á Simon, dijo Lorin, estoy seguro que lo hará á las mil maravillas.

Simon enseñó el puño á su implacable enemigo; pero este se echó á reir.

—No te reirás asi el dia que te lleven á la guillotina, dijo Simon ébrio de furor.

—No sé si te precederé ó te seguiré á la guillotina, dijo Lorin; pero lo que sé es que se reirán mucho de tí el dia que te toque tu turno. Dioses! no te asustes, no digo Dios sino dioses, en plural: dioses, y qué feo y qué repugnante estarás aquel dia!

Y se ocultó detrás de la comision prorumpiendo en una ruidosa carcajada.

No teniendo que hacer ya nada la comision se retir6; y el niño una vez libre de sus interrogadores se puso á tararear un aire melancólico, que era la cancion favorita de su padre.



CAPITULO XI.

El ramo de violetas.

Ea paz, como era de prever, no podia habitar largo tiempo en aquella morada tan feliz donde vivian Mauricio y Genoveva.

En las tempestades que desencadenan el viento y el rayo se agita el nido de los pájaros con el mismo árbol que lo abriga.

Genoveva pasó de un terror á otro, pues si nó temia ya por Casa Roja temblaba por Mauricio.

Conocia bastante á su marido para saber que desde el momento en que habia desaparecido se habia puesto en salvo; segura de su salvacion, tembló por si misma.

No se atrevia á confiar sus penas al hombre menos tímido de aquella época, en que nadie tenia miedo; pero se manifestaban

bien á las claras en sus ojos encarnados de llorar, y en sus cárdenos lábios.

Un dia entró Mauricio quedó en la habitacion de Genoveva, sin que esta, sumergida en una profunda meditacion, le sintiese; paróse en el dintel de la puerta, y vió á la jóven sentada, inmóvil, con los ojos fijos, los brazos lánguidos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Miróla un instante con profunda tristeza, porque al momento comprendió todo lo que pasaba en el corazon de la jóven como si hubiera leído hasta su último pensamiento.

=Adelantóse un paso hácia ella y la dijo.

—Genoveva, vos no amais ¶la Francia. Huis hasta de respirar su aire, y si os asomais á la ventana es con visible repugnancia..

=Puesto que habeis adivinado mi pensamiento, os lo confieso, detesto este pais.

—Sin embargo, es muy hermoso: aquí la vida tiene en el dia cuanto puede apetecer: las tribunas, los clubs, las conspiraciones absorven una gran parte de ¶ella y la dan nuevo encanto, porque entonces se conoce lo que es el hogar doméstico; porque volvemos á nuestra casa despues de tantas faenas, ansioso de descansar un rato en el seno de la Yamilia. Ademas, ama-

mos con tanto mas ardor, que cuanto creemos no poder amar al dia siguiente por haber dejado de ecsistir.

Genoveva meneó la cabeza y dijo con amargura:

—Este es un pais muy ingrato.

—Por qué?

—Por qué?... no sois vos casi sospechoso ahora, despues de haber trabajado tanto por la libertad?

—Pero vos, querida Genoveva, dijo Mauricio con dulzura, vos, enemiga jurada de esta libertad, vos que tanto habeis hecho contra ella, dormis tranquila é inviolable en la casa del republicano: ya veis que en esto hay una compensacion.

—Si, dijo Genoveva; pero esto no durará mucho tiempo, porque lo que es injusto no puede durar.

—Qué quereis decir con eso?

—Quiero decir, que yo, una aristócrata, yo, que sueño con la derrota de vuestro partido y con la ruina de vuestras ideas, yo, que conspiro hasta en vuestra casa porque vuelva el antiguo régimen, yo, que, si fuese reconocida, seria causa de que fuéreis condenado á la muerte y á la verguenza, á lo menos segun vuestra opinion, yo, Mauricio, no permaneceré aqui como el mal génio de la casa; no quiero arrastraros al cadalso.

—Y á dónde ireis, Genoveva?

—Adónde iré? Un dia que salgais iré á denunciarme sin decir de dónde voy.

—Oh! exclamó Mauricio sumamente afectado, esa es una ingratitud.

—No respondió la jóven echando sus brazos al cuello de Mauricio; no, amigo mio, es amor, y amor sincero, os lo juro. Yo no he querido que muriese mi hermano como un rebelde, ni quiero que mi amante muera como un traidor.

—Y seria capaz de hacer eso, Genoveva? exclamó Mauricio.

—Tan cierto como que Dios está en el cielo. Además tengo remordimientos..... é inclinó su cabeza como abrumada por ellos. Bien comprendéis lo que digo, y sobre todo lo que padezco, Mauricio, continuó Genoveva, porque tambien sentis remordimientos. Ya sabeis que he faltado por vos á los mas sagrados deberess

—Basta, basta, dijo Mauricio. Yo os mostraré, Genoveva, que no hay sacrificio que iguale á mi amor. Odiais la Francia; pues bien, saldremos de ella.

—No me engaÑais? exclamó la jóven juntando las manos y mirando á su auante con cierta espresion de entusiasmo...

—Cuándo os he engaÑado? preguntó Mauricio; fué el dia en que me deshonoré

por adquiriros?

Genoveva acercó sus labios á los de Mauricio, y permaneció largo rato abrazada á su cuello.

—Tienes razon, yo soy quien me engañaba... Lo que experimento no es ya remordimiento; acaso sea una degradacion de mi alma; pero tú á lo menos la comprenderá; te amo demasiado para experimentar otro sentimiento que el miedo de perderte. Vámonos muy lejos, amigo mio, vamos á donde nadie pueda alcanzarnos.

—Oh! gracias, dijo Mauricio transportado de alegria.

—Pero cómo huir? exclamó Genoveva estremeciéndose con aquel terrible pensamiento. No es tan fácil en el dia escapar del puñal de los asesinos del 2 de setiembre ó del hacha de los verdugos del 21 de enero.

—Genoveva, respondió Mauricio, Dios nos protege. Hoy encuentro la recompensa de una buena accion que quise hacer con motivo del 2 de setiembre. Deseaba salvar á un pobre sacerdote que habia estudiado conmigo; fui á buscar á Danton, le pedi un pasaporte para él y para su hermana, y no tardó en enviármele firmado por la misma junta de salvacion pública; pero el desgraciado sacerdote, en lugar de venir por él á mi casa, segun habiamos convenido, fué á

encerrarse en el convento de Carmelitas, donde murió.

—Y ese pasaporte? preguntó Genoveva.

—Le conservo; ese pasaporte no tiene precio, porque representa la vida y la felicidad.

—Bendito seas, Dios mio! exclamó la joven.

—Mi fortuna consiste en una porcion de tierras que administra un antiguo criado de mi familia, en quien podemos tener entera confianza, y que me enviará las rentas á donde quiera. Cuando llegemos á Boloña le veremos.

—Dónde vive?

—Cerca de Abbeville.

—Cuando partiremos, Mauricio?

—Dentro de una hora.

—Es preciso que nadie sepa nuestra marcha.

—Nadie lo sabrá. Voy á casa de Lorin, que tiene un cabriolé sin caballo; yo tengo un caballo sin carruage; por consiguiente todo está arreglado. En cuanto vuelva nos pondremos en camino. Entretanto, quédate aquí, Genoveva, y prepara todo lo necesario para el viage. Conviene que no llevemos mucho equipaje. En Inglaterra compraremos lo que nos haga falta. Voy á hacer un encargo á Escévola para alejarlo de

aquí. Lorin le explicará esta noche nuestra partida; pero esta noche ya estaremos muy lejos de aquí.

—Y si nos cojen en el camino?

—No llevamos nuestro pasaporte? Además, vamos á casa de Hubert, mi mayordomo, individuo de la municipalidad de Abbeville, quien nos acompañará hasta Boloña; allí compraremos ó fletaremos un barco. Por otra parte, pienso pedir al comité una comision cualquiera para Abbeville y me la dará al momento; pero dejémosno de supercherias; busquemos nuestra felicidad arriesgando nuestras vidas.

—Si, si, amigo mio; lo conseguiremos. Pero qué perfumado estás esta mañana! dijo la jóven ocultando su rostro en el pecho de Mauricio.

—Es verdad, al pasar por delante del Palacio Igualdad he comprado un ramo de violetas para ti; pero cuando entré y te vi tan triste, no pensé mas que en preguntarte la causa de tu tristeza.

—Dámele, y luego te le devolveré.

Genoveva respiró el olor del ramo con aquel fanatismo que casi todas las organizaciones nerviosas tienen por los perfumes.

De repente se humedecieron de lágrimas sus ojos.

—Qué tienes? la preguntó Mauricio.

—Pobre Sofia, murmuró Genoveva.

—Ah! si, contestó Mauricio exhalando un suspiro. Pero pensemos en nosotros y dejemos á los muertos dormir en sus sepulcros. Adios, me marchó.

—No tardes.

—En menos de media hora estoy aqui.

—Pero, y si Lorin no está en su casa?

—No importa, su criado me conoce, y yo puedo tomar en su casa lo que quiera en su ausencia, como él puede hacerlo en la mia.

—Bien, bien!

—Entretanto, Genoveva, ocúpate en hacer los preparativos limitándote, como te tengo dicho, á lo mas preciso. Ya te digo antes de media hora estoy de vuelta.

Marchó Mauricio, y Genoveva quedó sola encargada de los preparativos de la marcha, preparativos que hacia con una agitacion febril. En tanto que permaneciese en Paris se creia doblemente culpable; pero una vez fuera de Francia, una vez en el extranjero, seria menos pesado su crimen, crimen mas bien de la fatalidad que suyo. Hasta llegó á imaginarse que en la soledad y en el aislamiento podria olvidar que existian otros hombres mas que Mauricio.

Estaba convenido que marcharian á In-

glaterra, y Genoveva se hacia mil ilusiones pensando en que comprarían una casita aislada, que mudarían sus nombres y tomarían dos criados que ignorasen completamente su vida pasada. La casualidad hacia que ambos supiesen hablar el inglés.

=Ninguno de los dos dejaba en Francia nada que pudiera echar de menos, como no fuese aquella madre comun que, aunque se porte como madrastra, todos miran con interés: la pátria.

Genoveva empezó á disponer todos los objetos que creia indispensables para su marcha, ó mejor dicho, para su fuga, y de entre ellos elegia con indecible placer los que merecian la predileccion especial de Mauricio; el uniforme que mejor sentaba á su talle, la corbata que mas cuadraba á su tez y los libros que habia hojeado con mas frecuencia.

Ya tenia dispuesto su ajuar de marcha cuando oyó abrir la puerta.

—Bueno, dijo para si, es E-cévola que vuelve: tal vez no le habrá encontrado Mauricio.

Y continuó su tarea.

Las puertas del salon estaban abiertas, y pudo oír los pasos del oficioso en la antesala. J stamente necesitaba una cinta pa-

ra atar unos papeles de música que tenía en la mano, y llamó á Escévola.

Pero viendo que no iba, volvió à llamarle segunda vez.

—Aqui estoy dijo una voz.

Al acento de aquella voz conocida volvióse Genoveva bruscamente y lanzó un grito terrible.

—Mi marido!

—El mismo, dijo Dixmer con calma.

Genoveva, que estaba subida en una silla para buscar en el armario una cinta, sintió que la faltaban las fuerzas, estendió los brazos y se dejó caer de espaldas, deseando hallar debajo de ella un abismo para precipitarse en él; pero Dixmer la recibió en sus brazos y la llevó al canapé donde la sentó.

—Qué teneis, querida mia, le preguntó Dixmer, qué sucede? acaso ha sido mi presencia la que os ha producido tan desagradable efecto.

—Yo me muero, dijo con voz apagada Genoveva, echándose hácia atrás y cubriéndose el rostro con las manos para no ver la terrible aparicion.

—No parece sino que ya me creiais enterrado, querida mia, cuando os parezco fantasma.

La pobre Genoveva comprendia bien todas las amenazas que Dixmer ocultaba bajo aquella aparente tranquilidad.

—Si, hija de mi alma, continuó el maestro curtidor, soy yo mismo: tal vez me creiais lejos de Paris; pero no, he preferido quedarme. Volvi á casa el dia siguiente de haberla abandonado, y hallé en su lugar un monton de cenizas. Pregunté por vos, pero nadie os habia visto. Me dediqué entonces á buscaros, y no me ha costado poco trabajo dar con vos. Confieso que no creia encontraros aqui, pero lo sospechaba, y prueba de ello es que he venido á buscaros. Pero lo principal es que ya estamos reunidos: como está mi querido Mauricio? Estoy seguro de que vos, una realista tan pura y tan decidida, habreis sufrido mucho viéndooos obligada á vivir bajo el mismo techo que un republicano tan fanático.

—Dios mio! murmuró Genoveva, compadeceos de mi!

—Lo que me consuela despues de todo, continuó Dixmer, mirando á su alrededor, es que debeis haber estado bien alojada, y que no habreis sufrido mucho en la proscripcion. Yo, desde el incendio de nuestra casa y la ruina de nuestra fortuna, he andado errante á la ventura, viviendo unas veces en cuevas, otras en la calá de los bar-

cos, y no pocas en las cloacas que desaguan en el Sena.

—Por piedad! dijo Genoveva.

—Vos teneis aqui hermosas frutas; yo me he pasado casi siempre sin postres, y aun muchas veces no he comido.

Genoveva se ocultó el rostro con las manos.

—No porque me faltase dinero, continuó Dixmer: tuve la precaucion de llevarme unos 50,000 francos en oro, que en el dia valen 500,000; pero considerad la imposibilidad que habia de que un carbonero, un pescador ó un trapero sacase un Luis de un bolsillo para comprar un pedazo de queso ó de salchichon... Si, señora, he adoptado sucesivamente estos tres trajes. Hoy, para disfrazarme mejor, soy patriota exagerado, marsellés: no pronuncio la r, y blasfemo que es un gusto. Qué habia de hacer? Un proscripto no anda por las calles de Paris con tanta libertad como una mujer jóven y linda, y yo no tenia la felicidad de conocer á ninguna republicana que me ocultase á la vista de todos.

—Compadeceos de mi: yo me muero!... dijo Genoveva torciéndose los brazos.

—Ya lo comprendo, será por el cuidado en que os tenia mi ausencia; pero consolaos, porque ya estoy aqui para nunca separarnos.

—Venis á matarme, exclamó Genoveva.

Miróla Dixmer con una sonrisa espantosa.

—Matar á una mujer inocente!... qué es lo que decis, señora? Es preciso que el pensar que os ha producido mi ausencia os haya trastornado el juicio.

—Señor, os pido que me mateis mejor que atormentarme así con tan crueles burlas. No soy inocente, soy criminal! si merezco la muerte matadme!..

—Conque confesais que mereceis la muerte?

—Sí, sí.

—Y que para espiar no sé que crimen de que os acusais sufririais esa muerte sin quejarnos?

—Herid, no exhalaré ni un grito, y en vez de maldecirla, bendeciré la mano que me hiera.

—No, señora, yo no quiero heriros, y sin embargo es muy posible que murais: solo que vuestra muerte será de las mas gloriosas en vez de ser ignominiosa como podeis temer. Dadme las gracias, señora porque os castigaré inmortalizándoos.

—Pero qué quereis hacer?

—Proseguireis la tarea que desgraciadamente hemos interrumpido. Para vos y para mi morireis culpable, para los demas morireis mártir.

—Dios mio! me volveis loca hablando asi: donde me arrastrais?

—Probablemente á la muerte.

—Pues entonces dejadme hacer oracion.

—Haced lo que gusteis, dijo Dixmer retirándose á otra habitacion: aqui os espero.

Hizo Genoveva su oracion, y dirigiéndose despues al retrato de Mauricio, dijo en voz baja:

—Mauricio, perdóname. No esperaba yo ser feliz, pero á lo menos creia que tu podrias serlo. Te robo una felicidad que era tu vida; perdóname tu muerte, mi bien amado.

Y cortando un rizo de sus cabellos, le ató alrededor del ramo de violetas, y le depositó debajo del retrato, que aun insensible en aquel lienzo, pareció tomar una espresion dolorosa al verla partir.

—Estás ya dispuesta? la preguntó Dixmer.

—Tan pronto! murmuró Genoveva.

—Tomaos todo el tiempo que querais, señora: yo no tengo prisa ninguna. Ademas, probablemente no tardará en volver Mauricio, y me alegraria mucho de poder darle gracias por la hospitalidad que os ha dado.

Genoveva se estremeció de horror á la idea de que su marido y su amante podrian encontrarse, y levantándose como movida por un resorte, le dijo:

—Ya estoy dispuesta, señor, haced lo que gustéis.

Dixmer pasó el primero; siguióle temblando Genoveva, y así montaron en un carruaje que les esperaba á la puerta y partió al galope.

CAPITULO XII.

La taberna del Pozo de Noé

El hombre vestido con una carmañola, que hemos visto pasearse en la sala de los Pasos-Perdidos, y á quien hemos oído hablar, durante la expedición del arquitecto Giraud, del general Santerre y de Richard, con el carcelero que estaba de guardia en la puerta del subterráneo, aquel patriota furioso con su gorra de oso y sus espesos bigotes, que habia dicho á Simon ser el que habia llevado la cabeza de la princesa de Lamballe, se hallaba á las siete de la tarde del día siguiente á aquella noche tan variada en emociones en la taberna del po-

zo de Noé, situada, como hemos dicho en la esquina de la calle de la Vieille-Draperie.

Hallábase en una sala negra y ahumada por el tabaco y las luces devorando un plato de pescado. La sala donde cenaba estaba casi desierta: dos ó tres parroquianos de la casa habian quedado solamente para gozar del privilegio que les daba su visita cotidiana al establecimiento. La mayor parte de las mesas estaban vacias; pero es menester decir, en honor de la taberna del pozo de Noé, que los manteles llenos de manchas moradas revelaban la asistencia de un número bastante considerable de convidados ahitos y satisfechos.

Los tres últimos convidados desaparecieron sucesivamente, y á las ocho menos cuarto se halló solo el patriota. Entonces apartó con cierta repugnancia aristocrática el plato grosero que un momento antes parecia formar todas sus delicias, y sacó de su bolsillo una tablilla de chocolate, que comió lentamente y con una espresion muy distinta de la que le hemos visto dar á su fisonomia.

De vez en cuando, rumiando su chocolate y su pan negro, dirigia hácia la puerta vidriera, cerrada con una cortina de cuadros blancos y encarnados, miradas llenas de una ansiedad impaciente: algunas veces aplicaba

el oído é interrumpia su frugal comida con una distraccion que daba mucho en an pensar á la dueña de la casa sentada al mostrador, bastante cerca de la puerta donde el patriota fijaba sus ojos para que ella pudiera sin demasiada vanidad creerse el objeto de sus preocupaciones.

En fin, la campanilla de la puerta de entrada resonó de cierta manera que hizo temblar á nuestro hombre; volvió á arriarse el plato de pescado, sin que la taverna notase que echaba la mitad á un perro que le miraba famélicamente y la otra mitad á un gato que no se descuidaba en dar al perro sendos arañazos.

Abrióse á su vez la puerta de cortina encarnada y blanca, y entró un hombre vestido poco mas ó menos como el patriota, á escepcion de la gorra de piel que habia reemplazado con el gorro colorado. Un enorme manojó de llaves pendia de la cintura de este hombre, de la que caia tambien un ancho sable de infanteria con vaina de cobre.

—Mi cena! mi vino! gritó este hombre al entrar en la sala sin tocar su gorro colorado y contentándose con hacer á la taberna un movimiento de cabeza: en seguida, lanzando un suspiro como de cansancio, fué á instalarse en la mesa inmediata á la en

que cenaba nuestro patriota.

La tabernera, para dar una muestra de deferencia al recién llegado, se levantó y fué á disponer ella misma los objetos pedidos.

Los dos hombres estaban vueltos de espaldas, el uno mirando á la calle y el otro al centro de la habitacion, y hasta que la tabernera no se marchó no se dirigieron ni una sola palabra; pero cuando aquella cerró la puerta y el hombre [de gorra de piel vió por el espejo situado enfrente que la sala estaba enteramente desierta, dijo á su compañero sin volverse:

=Buenas noches.

=Buenas noches, contestó el recién venido.

—Qué hay? preguntó el patriota con la misma indiferencia afectada.

—Todo está ya concluido.

=Cómo que está concluido?

=Segun habiamos convenido, he tenido mis contestaciones con el tío Richard sobre el servicio. He pretestado la debilidad de mi oído, mis desmayos y me he puesto malo en la alcaidia,

=Muy bien; y despues?

—Despues el tío Richard llamó á su mujer, y esta me frotó las sienes con vinagre y volvi en mi.

—Y despues?

Después, como habíamos convenido, dije que era la falta de aire la que me producía aquellos desmayos, puesto que siendo yo sanguíneo, me mataba el servicio de la Conserjería, donde en este momento se encuentran 400 presos.

—Y qué te dijeron?

La mujer de Richard me compadeció.

—Y Richard?

—Me plantó en la calle.

—Pero no basta que te haya plantado en la calle.

—Esperad: entonces su mujer, que es una bendita, le dijo que no tenía corazón, puesto que yo era padre de familia.

—Y qué respondió?

—Que tenía razón, pero que la primera condición inherente al oficio de carcelero era permanecer siempre en la cárcel; que la república no gastaba chanzas, y cortaba el cuello á los que se desmayaban en el ejercicio de sus funciones.

—Diablo! exclamó el patriota.

—Y no decía mal el tío Richard. Desde que está la austriaca en la Conserjería se ha redoblado extraordinariamente la vigilancia.

—Concluye, dijo el patriota sin volverse.

—En fin, señor me puse á llorar y á decir que me sentía muy malo; pedí que

llevasen á la enfermeria asegurando que moririan de hambre mis hijos si me sumian la paga.

-Y qué dijo el tio Richard?

=Me dijo que cuando era uno carcelero no debia tener hijos.

=Pero supongo que tienes en tu favor la muger de Richard.

-Felizmente. Tuvo otra escena con su marido echándole en cara su mal corazon, pero que concluyó por decirme: «pues bien, ciudadano Graco, entiéndete con alguno de tus amigos, que te dará alguna cosa á cuenta de tu sueldo; preséntamelo como sustituto, y te ofrezco hacer que le admitan.» Pues bien, tio Richard, le respondi, voy á buscarle.

=Y le has encontrado?

En aquel momento entró la dueña de la celda llevando al ciudadano Graco su cena y el vino que habia pedido; pero no acomodaba mucho á Graco ni á su compañero tener testigos de vista, porque aun no habian concluido de hablar; por lo cual dijo al carcelero:

-Ciudadana, he recibido una gratificacion del tio Richard que me dá ánimos para añadir á mi pitanza unas chuletas de cerdo con pepinillos y una botella de Borgo-

ña: envia á tu criada á traer el lomo de casa del tocinero, y vé á buscar la botella á la cueva.

La huéspedada dió al punto sus órdenes. La criada saliò por la puerta de la calle y ella por la puerta de la cueva.

—Bien, dijo el patriota, eres un muchacho inteligente.

—Tan inteligente, que no se me oculta que jugamos nuestras cabezas.

—No te inquietes por la mia.

—Confieso que no es la vuestra la que me causa mas inquietud.

—Es la tuya?

—Por supuesto.

—Pero, y si yo la estimo en doble de lo que vale?

—Vale mucho el pescuezo.

—Pero no el tuyo.

—Cómo que no el mio?

—A lo menos en este momento.

—Qué quereis decir.

—Quiero decir que tu cuello no vale un óbalo en atencion á que si fuese yo agente de la junta de salvacion pública, serias guillotinado mañana.

El carcelero se volvió con un movimiento tan brusco, que le ladró el perro. Estaba pálido como la muerte.

—No te asustes por eso, le dijo el patriota; acaba tranquilamente tu cena, porque yo no soy agente provocador. Hazme entrar en la Consergeria, instálame en tu puesto, dame las llaves, y mañana te pondré en la mano 50,000 libras de oro.

—Hablas de veras?

—Tienes una famosa fianza, mi cabeza.

El carcelero meditó algunos segundos.

—Vamos, dijo el patriota, viéndole en el espejo, vamos, no formes malos juicios. Si me denuncias no te dará la república ni un sueldo, porque has faltado á tu deber: si me sirves, como habrás faltado á él, y es injusto mandar trabajar de valde, te daré las 50,000 libras.

—Bien sé, dijo el carcelero, que será ventajoso lo que me ofreceis, pero temo las consecuencias...

—Qué consecuencias tienes que temer? Que te denuncie yo?

—Sin duda.

—A la mañana siguiente al dia en que yo me instale darás una vuelta por la Consergeria y te contaré 25 cartuchos de à 2000 francos cada uno que te meterás tranquilamente en los bolsillos. Con el dinero te daré un pasaporte para salir de Francia: partes al momento, y si nó eres rico en

cualquier parte á donde vayas, serás al menos independiente.

—Convenido, suceda lo que quiera. Yo soy un pobre diablo que no me mezclo en la política; la Francia ha pasado perfectamente sin mi y así seguirá en adelante; si haceis una mala accion, tanto peor para vos.

—En todo caso no pienso obrar peor que se obra en este momento.

—Me permitireis que no juzgue la [política de la Convencion nacional.

—Haz lo que quieras. Cuando me presentas al tío Richard?

—Esta tarde si quereis.

—Si por cierto; esta misma tarde. Quién voy á ser?

—Mi primo Mardoche.

—Mardoche! me gusta el nombre. Qué oficio?

—Tratante en pieles.

—De ese oficio á curtidor hay poca distancia.

—Pues qué sois curtidor?

—Podria serlo.

—Es verdad.

—Y á que hora es la presentacion?

—Dentro de media hora si quereis.

—Entonces á las nueve.

—Cuando tendré yo el dinero?

—Mañana.

—Segun eso sois enormemente rico.

—Estoy bien acomodado:

—Sereis tal vez un ex-noble?

—Qué te importa?

—Tener dinero y darle por correr los riesgos de ser guillotinado! Vamos, es preciso que los ex-nobles sean bastante bestias!

—Qué quieres! los descamisados tienen tanto talento que no han dejado nada à los otros.

—Silencio, aqui està mi vino.

—Hasta esta noche, frente à la Consergeria.

—Convenido.

El patriota pagó su gasto y salió.

Oyósele gritar desde la puerta:

—Vamos, ciudadana, à ver si traes las costillas y los pepinillos: mi primo Graco se muere de hambre.

—Qué bueno es este Mardoche! dijo el carcelero saboreando el vino de Borgoña que acababa de escanciarle la tabernera, y mirándole tiernamente.



CAPITULO XIII.

El escribano del ministerio de la Guerra.

El patriota habia salido, pero no se habia alejado. Al través de los vidrios ahumados acechaba al carcelero para ver si entraba en comunicacion con alguno de esos agentes de la policia republicana, unas de las mejores que jamás han existido, porque la mitad de la sociedad espiaba á la otra, menos para la mayor gloria del gobierno que para la mayor seguridad de sus cabezas.

Pero nada sucedió de lo que el patriota temia: á las nueve menos algunos minutos saludó el carcelero á la tabernera, y salió despues de haberla hecho un cariño.

Juntósele el patriota en el muelle de la Consergeria, y asi juntos entraren en la cárcel.

Desde aquella misma noche quedó concluido el convenio aceptando el tío Richard al carcelero Mardoche en reemplazo del ciudadano Graco.

Dos horas antes de que se arreglase tan importante asunto, pasaba una escena en otra parte de la prision, que, aunque sin interés aparente, tenia una gran importancia para los principales personajes de esta historia.

Cansado el escribano de la Consergeria, iba á doblar los registros y á salir, cuando se presentó delante de su mesa un hombre acompañado del ciudadano Richard.

—Ciudadano escribano, le dijo este, aqui está tu compañero del ministerio de Guerra que viene de parte del ciudadano ministro para sacar algunos registros militares.

—Amigo, llegas un poco tarde; porque como suele decirse, estaba arreglando la maleta.

—Perdona, compañero dijo el recién llegado, pero tenemos tanto que hacer, que únicamente podemos aprovechar para nuestras correrias momentos perdidos, es decir, aquellos en los que los demas comen ó duermen.

—Si es así, haz lo que venias á hacer; pero concluye pronto, porque es la hora de

cenar y tengo hambre. Supongo que tendrás las credenciales.

=Aquí están, dijo el escribano del ministerio de la Guerra enseñándole una cartera que su compañero examinó escrupulosamente.

—Todo está en regla dijo la muger de Richard, mi marido lo ha examinado al entrar.

=No importa, no importa, dijo el escribano continuando su exámen.

El escribano de la Guerra esperó con paciencia, como hombre habituado á aquellas formalidades.

—Todo está en regla, y puedes principiar cuando guste: tienes que sacar muchos registros?

=Ciento, poco mas ó menos.

—Entonces tienes para muchos dias.

=Lo que haré será venir á establecerme aqui, si me lo permites.

=Còmo es eso? preguntó el escribano de la Consergeria.

—Ya te lo esplicaré llevándote á cenar conmigo esta noche; pues no me has dicho que tienes hambre?

—Y no me desdigo de ello.

—Veras á mi muger, que es una excelente cocinera, y luego seremos amigos.

—Mucho me interesan tus ofrecimientos, querido cofrade sin embargo...

—Acepta sin cumplimientos; tendremos unas osiras que compraré en la plaza de Chatelet y un pollo en la pasteleria, y dos ó tres platitos que arreglará mi mujer.

—Vamos, me seduces, dijo el escribano de la Consergeria, pasmado de que tales ofertas le hiciese un escribano pagado por el tribunal revolucionario, y cuyo sueldo apenas llegaba á diez libras en asignados que en realidad equivalian á dos francos.

—Conque aceptas?

—Si.

—Pues entonces mañana trabajaremos. Vamos, vienes?

—Si; al instante, pero déjame solo prevenir á los gendarmes que guarden á la austriaca.

—Por qué?

—Porque voy á salir y no queda nadie en la Consergeria. Les diré que tengan por sospechosos todos los ruidos que oigan.

—Muy bien! excelente precaucion á fé mia!

—Conque lo comprendes?

—Por supuesto.

Efectivamente, el escribano de la Consergeria llamó al postigo por el que sacò la cabeza un gendarme diciendo:

—Quién es?

—Yo, el escribano, que voy á salir, y os lo prevengo para los efectos correspondientes. Buenas noches, ciudadano Gilberto.

—Buenas noches, ciudadano escribano.

Y volvió á cerrar el postigo.

El escribano de la Guerra habia examinado toda aquella escena con la mayor atencion, y una rápida mirada bastó para asegurarle de que la reina no tenia mas que dos guardas.

Cuando los dos escribanos salian de la Consergeria entraban dos hombres, que eran el ciudadano Graco y su primo Mardoche.

El primo Mardoche y el escribano de la Guerra se encasquetaron, cuando se vieron, el uno el gorro de pieles y el otro su ancho sombrero.

—Quiénes son esos hombres? preguntó el escribano de la Guerra.

—No conozco mas que á uno que es el ciudadano Graco.

—Hola! replicó el otro, conque los carceleros salen de la Consergeria?

—Tienen un dia libre.

Sin mas investigacion llegaron los dos amigos al puente del Change, y en la esquina de la plaza de Chatelet compró el escribano de la Guerra las ostras prometi-

das, según su programa, y después continuaron caminando por el muelle de Greve.

La casa del escribano de la Guerra era muy sencilla. El ciudadano Durand habitaba tres piecitas en la plaza de Greve, en una casa sin portero. Cada inquilino tenía una llave de la puerta de la calle, y si alguno se olvidaba de sacarla, daba dos o tres aldabonazos, según el piso que habitaba, y entonces otro de los inquilinos, a quien le tocaba por turno, bajaba á abrir la puerta al reconocer la señal. El ciudadano Durand tenía su llave en el bolsillo, y no tuvo necesidad de llamar. Subieron, en fin, al segundo piso, y sacando el ciudadano Durand otra llave, abrió y entraron en la habitación.

El escribano de la Consergeria opinó que la mujer de su compañero el de la Guerra era encantadora, dando nuevo realce á su hermosura cierto tinte de tristeza que se notaba en su fisonomía. Conviene no perder de vista, que la tristeza es uno de los medios de seducción de las mujeres bonitas: la tristeza enamora á todos los hombres sin escepcion, incluso los escribanos porque digase lo que quiera, los escribanos son hombres, y no hay ningun corazón tan empedernido que no desee consolar á una

mujer aflijida y cambiar las rosas blancas por otras de un color mas risueño, como decia el ciudadano Dorat.

Los dos escribanos cenaron con gran apetito, solo Mme. Durand no cenò nada.

Entretanto, cruzábanse las preguntas de una y otra parte.

El escribano de la Guerra preguntaba á su compañero, con una curiosidad notable en aquel tiempo de dramas cotidianos, cuales eran las costumbres de la Consergeria los dias de juicio y los medios de vigilancia.

Encantado el escribano interrogado de que se prestase tanta atencion á su relato, respondió con complacencia, y manifestó cuales eran las costumbres de los carceleros, las de Fouquier Tinville y las del ciudadano Sanson, el principal actor de aquella tragedia que se representaba todos los dias en la plaza de la Revolucion.

Dirigiéndose despues á su compañero, le pidió noticias de su ministerio.

=Yo, respondió Durand, sé mucho menos que tú, porque soy un personaje de mucha menos importancia, puesto que solo soy auxiliar del escribano propietario; pero me sucede lo que siempre ha sucedido desde que el mundo es mundo; los trabajos son para los pequeños y el provecho es

para los grandes. Antes se trocarán el cielo y la tierra, que las costumbres de la curia.

—Pues bien, yo te ayudaré, dijo el escribano civil encantado del buen vino de su huésped; y mas todavía de los hermosos ojos de su mujer.

—Gracias, respondió Durand: todo lo que cambia los hábitos y las localidades es una distraccion para un pobre empleado, y así quisiera que durase mucho tiempo mi trabajo en la Consergeria, con tal de que pudiese llevar por las noches à mi mujer, que se fastidiará aquí sola.

—No veo en ello ningun inconveniente, dijo el escribano de la Consergeria, prendado de la amable distraccion que le prometia su cólega.

—Ella me dictará los registros, continuó el ciudadano Durand; y alguna que otra vez si nó os parece mala la cena de esta noche la repetiremos.

—Si; pero no muy amenudo, dijo con fatuidad el escribano civil, porque te confieso que tendria que sentir si volviese mas tarde de lo regular á cierta casita de la calle de Petit-Muse.

—Todo se arreglará divinamente, no es verdad querida amiga?

Mme Durand, muy pálida y muy triste siempre, fijó sus ojos en su marido y dijo.

=Como gustes.

Dieron las once y siendo hora de retirarse, se levantó el escribano, y se despidió de sus huéspedes manifestándoles el placer que habia tenido en conocer tan buenos amigos y en cenar en su compañía.

El ciudadano Durand acompañó á su convidado hasta la puerta, y entrando otra vez en su habitacion dijo á su mujer.

—Vamos Genoveva, acuéstate.

Levantóse la jóven y sin responder, tomó una luz, y pasó á la habitacion de la derecha.

Durand, ó mejor dicho Dixmer la miró salir, permanció un momento pensativo, con la frente sombría y despues entró en su alcoba que estaba en el lado opuesto.



CAPITULO XIV.

Los dos billetes.

Desde entonces fué el escribano de la Guerra á trabajar al bufete de su compañero el de la Consergeria. Mme. Durand dictaba y su marido copiaba con una aplicacion infatigable los registros de la cárcel.

Ordinariamente se quedaban solos los dos esposos despues de una hora de conversacion, ó mejor dicho, de contemplacion, porque el escribano de la cárcel gustaba mucho de contemplar á su cólega, es decir, á su muger. Entonces el empleado de Fouquier Tinville daba la vuelta á la calle de Petit-Muse, murmurando.

—Cáspita! y qué linda es esa Mme. Durand! pero qué diablo tendrá para estar tan triste?

Después se retiraba Durand, no sin haber avisado antes á los gendarmes y cerrado cuidadosamente los libros.

Cuatro días transcurrieron de esta suerte, y Durand examinaba todo sin aparentar que lo hacía.

Habia observado que todas las noches á las nueve ponían á la puerta, Ricardo ó su muger, un cesto lleno de provisiones.

En el momento en que el escribano decía al gendarme «me marchó, ciudadano,» salían ó Gilberto ó Dufresne, tomaban la cesta y la introducían en el cuarto de Maria Antonieta.

Durante tres noches consecutivas en que Durand habia permanecido mas tarde que de costumbre en su puesto, tambien habia permanecido la cesta en el suyo, porque el gendarme no recogia las provisiones sino al abrir la puerta al escribano.

Un cuarto de hora después de haber introducido la cesta llena, volvió á sacar uno de los dos gendarmes vacía la del día anterior; la depositaba en el sitio que antes habia ocupado.

La noche del cuarto día, esto es, á principios de octubre, después de la sesión habitual y cuando se habia retirado el escribano civil, soltó Dixmer la pluma y parán-

dose á escuchar con tanta atencion como si de ella dependiese su vida, se levantó de repente, y corriendo de puntillas á la puerta del rastrillo, levantó la servilleta que cubria la cesta y metió en el pan destinado á la prisionera un estuche pequeño de plata.

Despues pálido y temblando como sucede siempre aun á las personas de organizacion mas fuerte cuando ejecutan un acto arriesgado, preparado con mucha anticipacion y esperado con impaciencia, volvió á su sitio apoyando una mano en su frente y otra en el corazon.

Genoveva le miraba obrar, pero sin dirigirle la palabra. Por lo comun no habla nunca como no se la preguntase.

Sin embargo, aquella vez rompió el silencio.

=Y es para esta noche? preguntó.

-No; para mañana, respondió Dixmer.

Y levantándose despues de haber mirado de nuevo, y cerrado los registros, llegóse al rastrillo y llamó:

-Quien es? preguntó Gilberto.

=Soy yo que me marcho.

-Bien, dijo el gendarme desde el fondo de su celda. Buenas noches.

-Buenas noches, ciudadano Gilberto.

Al oír Dixmer el ruido de los cerrojos, salió conociendo que el gendarme iba á

abrir la puerta.

En el callejón que conducía desde la habitación del tío Richard al pátio, tropezó con un carcelero que llevaba en la mano un enorme manajo de llaves.

Por primera vez tuvo miedo Dixmer, porque era probable que aquel hombre iba á interpelarle, á conocerle tal vez.

Tapóse la cara con su sombrero, y Genoveva la suya lo mejor que pudo; pero no sucedió nada de lo que temía, porque el carcelero dijo solamente:

—Perdona, ciudadano.

Dixmer se estremeció al oír aquella voz, que le pareció demasiado dulce y política para ser la de un carcelero; pero este, sin duda, llevaba prisa y metiéndose por el corredor adelante, abrió la puerta del tío Richard y desapareció.

Dixmer continuó su camino, llevándose á Genoveva.

—Es extraño, dijo cuando hubo salido y refrescó el aire su abrasada frente.

—Si, muy extraño, murmuró Genoveva. Si hubiera sido en tiempo de su intimidad, se hubieran comunicado los dos esposos la causa de su estraneza; pero Dixmer encerró sus pensamientos en su alma, combatiéndolos como una alucinación, al paso que Genoveva se contentó al volver el á-

gulo del puente del Change con dirigir una mirada al sombrío palacio dónde cierta cosa parecida á la sombra de un amigo perdido, acababa de despertar en ella tantos recuerdos dulces y amargos á la vez.

Entretanto habia salido el gendarme Gilberto y se habia apoderado del cesto de provisiones destinado á la reina y el cual contenia frutas, un pollo asado, una botella de vino blanco; otra de agua y medio pan de dos libras.

Levantó Gilberto la servilleta y reconoció la disposicion ordinaria de los objetos colocados en el cesto por la ciudadana Richard.

— Bueno, dijo á su compañero que desde que no fumaba pasaba el tiempo leyendo todas las coplas que podia proporcionarse, esto es mas de lo que ella ha de comer; y sin embargo, puede asegurarse que no han sido necesarios para su cena tantos cocineros como tenia en Versalles, cuando fuimos á buscarla para llevarla á las Tullerías.

— Oh! si, respondió filosóficamente Dufresne; ahora tiene por jefe de cocina al pastelero de esta calle.

— Debe parecerla duro este sacrificio.

— Para lo que come...

Gilberto se encogió de hombros como si quisiese decir:

—Tienes razon.

Abriendo despues la mampara, dijo en voz alta:

—Ciudadano, aqui está la cena.

El buen hombre no quiso decir tu cena, para no tutear á la reina, ni vuestra cena, para no ser tachado de aristócrata.

—Gracias, respondió la reina, no tengo ganas de comer.

—Qué diablo! ciudadana, replicó Gilberto con una emocion que no pudo dominar, no es cosa de decir todos los dias: no tengo gana: es preciso animarse y comer.

—Para qué? dijo la reina; pero tan quedo que Dufresne no lo oyó; pero no sucedió lo mismo con Gilberto.

—Aunque no fuese mas que por complacerme, exclamó este dominado por el enternecimiento que le causaba aquella larga y santa resignacion.

La reina se sonrió tristemente y dijo:

—Pues entonces tomaré un poco de pan solo por complaceros.

Y levantando la cubierta de la cesta tomó el pan, mirándola en tanto Gilberto con los ojos llenos de lágrimas.

Maria Antonieta partió el pan en efecto; pero apenas imprimió en él sus dedos cuando sintió el frio contacto de la plata, conociendo por consiguiente que aquel pan en-

cerraba alguna cosa extraordinaria.

Hizo entonces un movimiento á su pesar, pero mirando al mismo tiempo maquinalmente hácia el rastrillo, dió un grito al ver á Gilberto.

—Perdonad que os haya asustado, ciudadana.

Aquella vez no pudo menos de decir «vos,» á riesgo de sufrir sus consecuencias si fuese oído.

—No tal, dijo la reina; solo que...

Y se detuvo no sabiendo que escusa dar.

Pero el gendarme se habia ya retirado, diciendo:

—Bueno, bueno, cenad tranquilamente. Verdad es que repugna á un hombre ver á una pobre mujer vivir de este modo sin comer nada; luego que hayais cenado, haced lo posible por dormir; pero sin llorar. A fé de Gilberto que quisiera mejor veros enfadada de dia que oiros suspirar de noche.

La reina permaneci6 un momento pensativa; escuchando, mas que las palabras, el ruido de los pasos que cada vez se oia mas lejano.

Cuando estuvo segura de que nadie la observaba, sacó el estuche del pan.

El estuche contenia un billete. Desdoblólo, y leyó lo siguiente:

«Señora, estad preparada para mañana á

la misma hora en que hoy recibireis este billete, porque en esa hora será introducida una mujer en el calabozo de V. M. Esta mujer tomará vuestros vestidos y os dará los suyos: despues saldreis de la Consergeria del brazo de uno de vuestros mas leales servidores.

No os inquiete el ruido que oigais en la primera pieza, ni hagais caso de gritos ni gemidos: no os ocupeis de otra cosa que de poneros pronto la ropa de la mujer que vá á ocupar el puesto de V. M.*

—Todavia un sacrificio! murmuró la reina; gracias, Dios mio; ya veo que no soy, como se creia, el objeto de la execracion de todos.

Volvió á leer el billete, y fijò entonces su atencion en el segundo párrafo.

«No hagais caso de gritos ni gemidos,» murmuró, oh! esto quiere decir que van á matar á mis dos vigilantes, infelices! despues de haberse mostrado tan compasivos conmigo oh! jamás jamás!

Desgarró entonces la parte de billete que no estaba escrito, y como no tenia ni lapiz ni pluma para contestar al amigo desconocido que se ocupaba de ella, tomó el alfiler de su pañuelo y picó en el papel las letras que componian las palabras siguientes:

No puedo ni debo aceptar el sacrificio de la vida de nadie en cambio de la mía.—M. A.

Volvió á meter el estuche en el pan y lo dejó para cuando fuesen á recogerlo.

Aun tenia la reina el pedazo de pan en la mano, cuando al dar las diez oyó en uno de los vidrios de su ventana que daba al pátio llamado de las mugeres, un ruido estridente parecido al que produciria un diamante cortando el cristal.

A este ruido siguió un ligero choque en el vidrio repetido muchas veces, que cubria con intencion la tós de un hombre.

Despues apareció en un ángulo de la vidriera, un rollito de papel, que se deslizó lentamente hasta el suelo.

Despues oyó la reina el ruido de un manojo de llaves y pasos que se alejaban.

Miró Antonieta el billete, temiendo que alguno de sus guardas se presentase; pero cuando los oyó hablar en voz baja como siempre lo hacian por una especie de convenio tácito para no importunar á la prisionera, se levantó silenciosamente y fué á recoger el papel.

Deslizóse entonces de él, como de una vaina, un objeto delgado y duro, que cayendo al suelo resonó metálicamente.

Era una lima sumamente fina, un juguete mas bien que una herramienta, uno de aquellos recortes de acero, con los cuales una mano, por mas débil y torpe que sea, puede cortar en un cuarto de hora el hierro de la mas gruesa barra.

«Señora, decia, el papel, mañana á las nueve y media vendrá un hombre á hablar, por la ventana del patio de las mugeres, con los gendarmes que os guardan. En este tiempo cortará V. M. la tercera barra de su ventana, cortando de izquierda á derecha al sesgo y en un cuarto de hora podrá estar libre V. M.

«Os dá este aviso uno de vuestros mas leales súbditos que ha consagrado su vida al servicio de V. M. y será feliz en sacrificároslo.»

—Oh! murmuró la reina, será un lazo que me tienden? Pero no, me parece que conozco esta letra es la misma que veia en el Temple; es la del caballero de la Casa Roja.

Y cayó de rodillas, para recurrir á la oracion, dulce bálsamo y refugio de los encarcelados.



CAPITULO XV.

Los preparativos de Dixmer.

Por fin llegó el día siguiente, preparado por una noche de insomnio, terrible, y aun puede decirse sin exageración, de color de sangre.

Cada día, en efecto, en aquella época y en aquel año, el mas hermoso sol tenia sus manchas lividas.

La reina durmió apenas y en un sueño intranquilo, pues no bien cerró los ojos cuando le pareció ver correr la sangre y oír gritos terribles, quedándose al fin dormida con la lima en la mano.

Dedicó parte del día á la oracion, escaso de devocion que no llamó la atencion de sus guardas, porque estaban acostumbrados á verla rezar con mucha frecuencia.

De vez en cuando sacaba de su seno la

prisionera la lima que la habia enviado uno de sus salvadores, y comparaba la debilidad del instrumento con las fuerza de las barras.

Felizmente no estaban metidas aquellas en la pared mas que por la parte de abajo; la parte superior estaba encajada en un barrote transversal; de suerte que cortada la parte inferior no habia mas que tirar de la barra y era de esperar que cediera fácilmente.

Pero no eran las dificultades físicas lo que detenian á la reina, pues conocia la posibilidad de la empresa; pero al pensar en sus consecuencias, oscurecianse sus ojos con un velo sangriento, considerando que para que sus amigos pudieran penetraren su cuarto tendrian que matar á los dos hombres que la guardaban, y ella no queria su muerte á ningun precio, porque aquellos dos hombres eran los únicos que la habian manifestado alguna compasion en su larga y penosa cautividad.

Por otra parte, detrás de aquellas barras que se la rogaba limase, detrás de aquellos dos hombres que debian sucumbir si impedian á sus salvadores llegar hasta ella, estaba la vida, la libertad y tal vez la venganza, tres cosas tan dulces, princi-

almente para una mujer, que pedia á Dios
 a perdonase el desearlas tan ardientemente.

Creyó por lo demas observar que sus guar-
 las no abrigaban la menor sospecha ni te-
 nian la menor idea del lazo en que trataban
 de hacer caer á su prisionera, suponiendo
 que la conjuracion fuese un lazo que se le
 tendia. Aquellos hombres sencillos se habrian
 delatado á los ojos tan perspicaces como lo
 eran los de una mujer hábituada á adivinar
 el mal á fuerza de sufrirlo.

Renunciaba, pues, la reina casi enteramen-
 te á aquella parte de sus ideas, que la hacia
 examinar la doble proposicion que le habian
 hecho como un lazo; pero á medida que la
 abandonaba la verguenza de caer en ese la-
 zo, la asaltaba el temor de ver correr la san-
 gre de aquellos dos hombres por su culpa.

—Estraño destino y sublime espectáculo!
 decia para si; dos conspiraciones para salvar
 á una pobre reina, ó mas bien, á una po-
 bre muger prisionera que nada ha hecho pa-
 ra seducir ó animar á los conspiradores, y
 ambas van á estallar á un tiempo!... Quien
 sabe si las dos no son mas que una sola!
 Tal vez sea una doble mina que vaya á de-
 sembocar á un mismo punto! Si quisiera se-
 ria libre... pero sacrificar á una pobre mu-
 ger en mi lugar... y morir ademas dos hom-

bres para que esta muger llegue hasta mí. Ni Dios ni la posteridad me lo perdonarían! Imposible! imposible!

Pero entonces pasaban por su imaginacion aquellas grandes ideas de lealtad de los vasallos para con sus señores y aquellas antiguas tradiciones del derecho de vida y muerte que sobre ellos tenian.

=Ana de Austria hubiera aceptado, decia para sí; Ana de Austria hubiera colocado sobre todas las consideraciones el gran principio de la salvacion de las personas reales. Ana de Austria era de la misma sangre que yo y se hallaba en idéntica posicion. Pero no acarreará mi muerte la de ese pobre niño, que para mis escasos amigos es aun el rey de Francia? Y cuando muera mi hijo como murió mi esposo, no me mirarán con lástima sus dos sombras al ver que por ahorrar unas gotas de sangre vulgar mancho con la mia los restos del trono de San Luis?

La reina, en fin, vió llegar la noche en medio de aquellas angustias, cada vez mayores, de aquella fiebre de duda, y en el horror de la incertidumbre.

Repetidas veces observó à sus guardas, y jamás los encontró mas tranquilos ni mas complacientes con ella.

Quando las tinieblas se esparcieron por el



calabozo, cuando se oyó el paso de las rones, cuando el ruido de las armas y el aullido de los perros resonó en las sombrías paredes, cuando, en fin, se presentó la primera en su horrorosa realidad, levantóse Mari Antonieta asustada, no pudiendo menos pagar un tributo á la debilidad de mujer. —Si, dijo, huiré: cuando oiga hablar limar la barra y esperaré lo que Dios y mis libertadores quieran hacer de mí. Yo me dejaré á mis hijos, no deben morir, y si los asesinan, á lo menos me verá libre, y entonces...

Y no pudo concluir: cerráronse sus ojos y apagóse su voz en la garganta. Espantoso fue el sueño que aquella noche tuvo la desaturada reina, encerrada en un calabozo y guardada con rejas y cerrojos; pero pronto en su sueño vió desaparecer unas y otros, se halló en medio de un ejército formidable y cruel que todo lo asolaba á sangre y fuego á la voz de su reina, que al fin se engaba de un pueblo que despues de todo era el suyo.

Entretanto Gilberto y Dufresne hablaban tranquilamente y preparaban su cena.

En aquel momento entraron Dixmer y Gervé en la Consergeria, y, segun costumbre, se instalaron en la alcaidia. Al cabo de una hora, segun costumbre tambien, despa-

chó su tarea el escribano de la Consergera y los dejó solos.

Luego que Dixmer vió desaparecer á su colega, se abalanzó á la cesta vacia colocada en la puerta en cambio de la que habian llevado aquella tarde. Cogió el pedazo de pan, lo partió y halló el estuche.

Al leer el *billete* de la reina se puso palido; pero como le observára Genoveva, le desgarró en mil pedazos y los arrojó en la estufa encendida diciendo:

—Bien todo está prevenido.

Volviéndose despues hácia Genoveva, añadió:

—Venid, señora.

—Yo?

—Si, tengo que hablaros en voz baja.

Genoveva, inmóvil y fria como el mármol, hizo un gesto de resignacion y se aproximó.

—Ya llegó la hora, dijo Dixmer, escuchadme.

—Os escucho.

—No es cierto que quereis una muerte á vuestra causa, una muerte acompañada de las bendiciones de todo un partido y sentada por todo un pueblo, mas bien que una muerte ignominiosa y de venganza?

—Si.

—Yo hubiera podido mataros en el acto cuando os encontré en casa de vuestro amante, pero un hombre que, como yo, ha consagrado su vida á una obra honrosa y santa, debe saber sacar partido de sus propias desgracias, consagrándolas á aquella causa, y eso es lo que yo he hecho, ò, mas bien, lo que trato de hacer. Como veis, he renunciado al placer de hacerme justicia, y hasta he perdonado á vuestro amante.

Cierta sonrisa fugitiva, pero terrible, brilló en los lábios descoloridos de Genoveva.

—Pero en cuanto á vuestro amante, ya debéis comprender, vos, que me conocéis, que espero mejor ocasion.

—Señor, dijo Genoveva, estoy dispuesta: à qué viene ahora ese preámbulo?

—Estais dispuesta?

—Si.

Miró Dixmer á Genoveva, y no pudo menos de estremecerse á su pesar porque estaba sublime en aquel momento: una aureola la iluminaba: la mas brillante de todas, la que procede del amor.

—Continúo, replicó Dixmer. He prevenido á la reina: está esperando; pero, segun toda probabilidad, hará algunas objeciones, y corre de vuestra cuenta persuadirla.

—Bien, dadme vuestras órdenes, y las ejecutaré.

—Ahora mismo, continuó Dixmer, voy á llamar á la puerta; abrirá Gilberto y con este puñal (Dixmer se desabrochó la levita y dejó ver un puñal de dos filos) con este puñal le mataré.

Genoveva se estremeció á pesar suyo; pero Dixmer la hizo una seña con la mano para que le prestara atención.

—En el momento en que le hiera, añadió, entraréis en la segunda habitación en que está la reina... Ya sabéis que no tiene mas puerta que una mampara, y en tanto que mato al otro soldado, cambiareis vuestros vestidos con los de S. M. Entonces cogeré del brazo á la reina, y pasaré con ella la alcaidía.

—Muy bien, dijo friamente Genoveva.

—Comprendéis mi objeto? todas las noches se os ve aquí con este traje: así que llevándole S. M. y cubriéndose bien, podrá pasar sin ser idado alguno.

—Lo haré como decis.

—Ahora me resta perdonaros y daros gracias, añadió Dixmer.

Genoveva contestó:

—Lo que yo he hecho no necesita ni de vuestro perdon ni de que me deis gracias por ello: lo que hago ó mas bien, lo que voy á hacer, borearía un crimen y yo no

he cometido mas que una debilidad recordad vuestra conducta, señor, y vereis que habeis sido vos quien me ha obligado á cometerla; de suerte que sois el instigador, el juez y el verdugo. Yo soy quien debo perdonaros mi muerte y os la perdono. A mi pues me toca daros gracias por quitarme la vida, que me seria insoportable separada del hombre á quien únicamente amo, sobre todo desde el momento en que habeis roto con vuestra feroz venganza todos los lazos que á él me unian.

Dixmer se hundió las uñas en el pecho: quiso contestar, pero le faltó la voz y despues de haber dado algunos pasos por la alcaidia exclamó.

—No; se pasaria la hora y es preciso obrar, Vamos, Genoveva, estais dispuesta?

—Ya os lo he dicho, señor, respondió Genoveva con la calma de los mártires, estoy esperando.

Dixmer reunió todos sus papeles, fué á ver si las puertas estaban bien cerradas, y quiso reiterar á su muger sus instrucciones.

—Es inútil, señor, le contestò esta; sé muy bien lo que debo hacer.

Entonces Dixmer la tendió la mano, como si en tan supremo momento debiese desapa-

parecer toda recriminacion ante la grandeza de la situacion y la sublimidad del sacrificio.

—Poneos cerca de mi, señora, dijo Dixmer y pasad en el momento que hiera á Gilberto.

—Estoy dispuesta.

Entonces Dixmer apretó en su mano derecha su puñal y con la izquierda llamó á la puerta.

CAPITULO XVII.

Los preparativos del caballero de Casa-Roja.

En tanto que pasaba en la alcaidia la escena que acabamos de describir, se hacian otros preparativos en el lado opuesto, es decir, en el patio de las mujeres.

Un hombre se presentó de repente como una estatua de piedra que se hubiese desprendido de la pared. Acompañábanle dos perros, y cantando en voz baja, ea ira, can-

cion muy en boga entonces, fué á llamar á la ventana de la habitacion de la reina, sacudiendo un manajo de llaves que llevaba en la mano.

Estremecióse esta al principio; pero conociendo que aquella no podia ser otra cosa mas que una señal, abrió suavemente la ventana, y se puso á trabajar con una mano mas hábil de lo que hubiera podido creerse, porque mas de una vez habia manejado instrumento como aquel, en que fundaba su salvacion, en el taller de cerrageria donde su real esposo solia pasar entretenido algunos ratos.

En el momento en que el hombre del manajo de llaves, oyó abrir la ventana de la reina fué á llamar á la de la habitacion de los gendarmes.

—Hola! dijo Gilberto mirando por detras de las vidrieras, es el ciudadano Mardoche?

—El mismo, respondió el carcelero: parece que se hace bien la guardia.

—Como siempre, ciudadano llavero. Tambien parece que tú no te descuidas.

—Amigo, ahora se necesita mas vigilancia que nunca.

—Bah! dijo Dufresne que se habia aproximado.

=No lo tomes á chanza.

—Pues qué hay?

—Abrid la ventana y os lo contaré todo.

=Abre, dijo Dufresne.

Abrió Gilberto y dió la mano al carcelero, quien se habia hecho amigo de los gendarmes.

—Pues que hay, ciudadano Mardoche? repitió Gilberto.

—Que ha sido un poco acalorada la sesion de la convencion. No habeis leído?

—No. Qué ha ocurrido?

—En primer lugar que el ciudadano Herbert ha descubierto una cosa.

—Cuál?

=Que los conspiradores que se creian muertos estan vivos, y muy vivos.

=Ah! si, dijo Gilberto; Delessar y Thierry: he oido hablar de esto; pero los muy tunantes están en Inglaterra.

=Y el caballero de la Casa Roja? dijo el llavero alzando la voz de modo que lo oyese la reia.

=Está en Inglaterra tambien?

—No tal, sino en Francia, respondió Mardoche sosteniendo la voz en el mismo dia-pason.

=Ha vuelto?

—Si no ha salido de este pais!

—Vaya un hombre tenaz! dijo Dufresne.

—Pero no se trata de prenderle?

—Si por cierto; pero segun trazas no es cosa muy fácil.

En aquel momento rechinaba con tanta fuerza la lima de la reina, que temiendo el carcelero que la oyesen, á pesar de los esfuerzos que hacia para cubrir su ruido, pisó en una pata á uno de sus dos perros que dió un ahullido lastimero.

—Pobre animal! dijo Gilberto.

—No es nada. Quieres callarte, picaro Girondino?

—Se llama Girondino tu perro?

—Si, se me ha ocurrido ponerle este nombre.

—Conque decias.... prosiguió Dufresne, el cual prestaba á las noticias tanto interés como los mismos presos.

—Ah, es verdad! decia que el ciudadano Hebert ha hecho la mocion de trasladar á la austriaca al Temple.

—Por qué?

—Toma! porque dicen que no la han sacado del Temple sino que para sustraerla á la inmediata inspeccion del ayuntamiento de Paris.

—Y á las tentativas de ese condenado Casa-Roja, dijo Gilberto, porque yo creo en la existencia del subterráneo.

=Eso es lo que le ha respondido el ciudadano Saintex; pero Hebert ha dicho que no existen los peligros desde el momento en que se previenen, y que se podía guardar á Maria Antonieta en el Temple con la mitad de las precauciones que aqui se necesitan; porque al fin el Temple es un edificio mas fuerte que la Consergeria.

—A fé mia, dijo Gilberto, me alegraria de que la llevasen al Temple.

—Ya entiendo; no te gusta guardarla.

—Y ademas me entristece.

Casa Roja tosió fuertemente, porque á proporcion que se internaba la lima en el hierro sonaba con mas fuerza.

—Y qué se ha decidido? preguntó Dufresne.

—Que permaneceria aqui, pero que se presentaria su proceso inmediatamente.

—Pobre mujer! dijo Gilberto.

—Dufresne, cuyo oido parecia mas fino que el de su colega ó que prestaba menos atencion á las palabras de Mardoche, se bajó para escuchar hácia el lado izquierdo.

El llavero vió el movimiento.

=De suerte que, como conocerás, amigo Dufresne, dijo vivamente, van á ser las tentativas de los conspiradores tanto mas desesperadas, cuanto menos tiempo le quedaba para ejecutarla. Se van á doblar las guardias

de los presos, y esto os importa mucho, ciudadanos gendarmes, porque se trata nada menos que de una irrupción á mano armada en la Consergeria: los conspiradores están dispuestos á matar á todo el que les impida llegar hasta la reina, digo, la viuda Capeto.

—Bah! cómo habian de entrar los conspiradores?

—Disfrazados de patriotas: fingirán una como la del 2 de setiembre, y una vez abiertas las puertas, buenas noches.

Hubo un instante de silencio, ocasionado por el estupor de los gendarmes, oyendo el carcelero con una mezcla de miedo y de alegría rechinar la lima en el hierro.

En aquel momento dieron las nueve.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta de la alcaidia: pero ninguno de los gendarmes lo oyó.

—Pues bien, nosotros velaremos, dijo Gilberto.

—Y si es preciso moriremos en nuestro puesto como verdaderos republicanos.

—No debe tardar en acabar, dijo para sí el llavero enjugando el sudor que corria por su frente.

—Supongo que tu tambien velarás, dijo Gilberto, porque se sucediese una cosa como esta, no creas que te perdonarian.

—Ya lo creo, y por eso paso todo el tiempo rondando. Al fin vosotros podeis dormir cada tercera noche.

En aquel momento volvieron á llamar á la puerta de la alcaidia. Mardoche se estremeció, porque cualquier acontecimiento, por pequeño que fuera, podia impedirle llevar á cabo su proyecto.

—Qué es eso? preguntó como á pesar suyo.

—Nada, respondió Gilberto, es el escribano del ministerio de la Guerra que me avisa que se marcha.

—Ah! muy bien, dijo el llavero.

Pero el escribano se obstinaba en llamar.

—Bien, bien! gritó Gilberto sin moverse de la ventana: buenas noches!

—Me parece que te habla, dijo Dufresne volviéndose hácia la puerta. Respóndele.

Oyóse entonces la voz del escribano que decía.

—Ciudadano gendarme, quisiera hablar contigo un momento.

El ciudadano carcelero creyó reconocer aquella voz, aunque algo desfigurada por la emocion.

—Qué quieres, ciudadano Durand? dijo Gilberto.

—Hablar contigo uua palabra.

—Pues bien, mañana hablaremos.

—No; es preciso que sea esta noche.

—Esta voz es la de Dixmer, dijo para sí el carcelero

—Vaya dijo Gilberto, puesto que se obstina voy à salir.

Y se dirigió á la puerta.

Aprovechándose el llavero de aquella feliz circunstancia, corrió á la ventana de la reina.

—Està concluido? la dijo.

—Ya llevo mas de la mitad, respondió la reina.

—Daos prisa por Dios.

—Pero á dónde diablos te has ido, ciudadano Mardoche, dijo Dufresne.

—Estoy aqui, respondió este asomándose á la ventana de la primera habitacion.

En el momento mismo resonó en la prision un grito terrible despues una imprecacion, y últimamente se oyó el ruido de un sable al sacarle de su vaina de metal.

—Tunante! bribon! exclamaba Gilberto.

Y se oyó en el corredor como una encarnizada lucha.

Abrióse al mismo tiempo la puerta, y el carcelero vió dos sombras luchando, y una muger que abriéndose paso por entre los combatientes y rechazando á Dufresne, se abalanzó hácia la habitacion de la reina.

Sin cuidarse Dufresne de aquella muger corrió al socorro de su compañero.

El carcelero se puso de un brinco en la otra ventana, y vió á la muger arrodillada á los piés de la reina rogándole que cambiase con ella sus vestidos.

Al verla el carcelero dió un agudo grito. Cogió la barra é hizo violentos esfuerzos para romperla: pero la hendidura hecha por la lima era demasiado pequeña, y no pudo conseguirlo.

Entre tanto habia conseguido Dixmer rechazar á Gilberto hasta la prision, adonde iba á entrar con él; pero salióle al encuentro Dufresne, y le contuvo sin poder cerrar la puerta, porque Dixmer habia metido el brazo conservando siempre el puñal que, despuntado por la chapa de cobre del cinturon, se habia deslizado á lo largo del pecho del gendarme, desgarrándole el uniforme y arañándole un poco la carne.

Los dos gendarmes reunieron todas sus fuerzas llamando en su ayuda.

Conociendo Dixmer que se iba á romper el brazo; apoyó el hombro contra la puerta dió una violenta sacudida, y consiguió retirar su brazo ya estropeado.

Cerróse entonces la puerta, echò Dixmer los cerrojos y Gilberto dió una vuelta á la llave.

Oyóse entonces un paso rápido en el corredor: miráronse los dos gendarmes, sin saber lo que les pasaba, y oyeron el ruido que hacia el falso carcelero queriendo romper la barra.

Precipitóse Gilberto en la prision de la reina, y encontró á Genoveva á sus pies.

Dufresne cogió su carabina, corrió á la ventana y vió un hombre agarrado á los hierros haciendo esfuerzos inauditos como para arrancar la reja.

Apuntóle á boca de jarro, y cuando el jóven vió cerca de si el cañon de la carabina, dijo:

=Mátame si, mátame!

Y en su sublime desesperacion mostró su pecho para desafiar la bala.

=Caballero, exclamó María Antonieta, vivid, yo os lo ruego.

Al oír Casa Roja la voz de la reina, cayó de rodillas. Hizo entonces fuego Dufresne; pero aquel movimiento le salvó la vida, pasando la bala por cima de su cabeza.

Genoveva creyó muerto á su amigo y cayó en el suelo sin conocimiento.

Cuando se disipó el humo no habia nadie en el pátio de las mugeres.

Diez minutos despues treinta soldados con dos comisarios registraban hasta los mas inaccesibles rincones de la Consergeria; pero no

se encontró á nadie.

El escribano habia pasado tranquilo y risueño por delante del sillón del tío Richard.

El carcelero habia salido gritando, al arma! al arma! Quiso el centinela impedirle el paso poniéndole la bayoneta al pecho; pero saltáronle al cuello los dos perros que el falso carcelero llevaba consigo, y tuvo tiempo para escapar: de modo que solo se encontró á Genoveva en el calabozo de la reina, y al puuto fué reducida á prision.

FIN DEL TOMO TERCERO.

